

Teseo (CABA).

La Chiriguana (1877). Novela original, de Josefina Pelliza de Sagasta.

Crespo, Natalia y Pelliza, Josefina.

Cita:

Crespo, Natalia y Pelliza, Josefina (2016). *La Chiriguana (1877). Novela original, de Josefina Pelliza de Sagasta*. CABA: Teseo.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/natalia.crespo/36>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p89S/MMX>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



LA CHIRIGUANA (1877)

LA CHIRIGUANA (1877)

Edición, notas y estudio preliminar a cargo de
Natalia Crespo

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA



ISBN: 9789874226938

Compaginado desde TeseoPress (www.teseopress.com)

teseopress.com

Índice

Introducción	9
<i>Natalia Crespo</i>	
Esta edición	49
Prólogo original (1877)	51
La Chiriguana (1877)	53
<i>Josefina Pelliza de Sagasta</i>	
La lucha en el desierto	83
<i>Josefina Pelliza de Sagasta</i>	

Introducción

NATALIA CRESPO

Josefina Pelliza de Sagasta, narradora, poeta y periodista bastante reconocida en su época, no se cuenta hoy dentro de los autores de la literatura argentina del siglo XIX que se leen y enseñan. Hasta hace poco, sus textos nunca habían sido reeditados ni habían recibido estudios académicos. Sin embargo, su obra fue relativamente prolífica: publicó dos novelas, *Margarita* (1875)¹ y *La Chiriguana* (1877), los poemarios *Lirios silvestres* (1877), *El César* (1881), y *Canto inmortal* (1881) –los tres reunidos luego en la antología *Pasionarias*

¹ Recientemente, publiqué una edición crítica de *Margarita* (1875), primera novela de esta autora, con un estudio preliminar que aborda la obra a partir de la teoría del melodrama en la novela decimonónica propuesta por Peter Brooks. Para esta re-edición me basé en una versión en pdf, escaneo del libro original, que se halla en la biblioteca de la Universidad de Texas. Agradezco a Mariana Docampo el haberme enviado dicho pdf. Vicente Cutolo menciona otra novela (que nos ha resultado inhallable), y que sería la tercera de esta autora: *Palmira o el héroe de Paysandú*. Asimismo, existen siete capítulos publicados en *La Alborada del Plata*, de la novela *La favorita de Palermo*, pero no hemos dado con los capítulos restantes, si es que existen y se han publicado por algún otro medio. Sin contar mis estudios, dentro de las referencias o menciones de la crítica a la obra de Pelliza, he encontrado las siguientes: 1. El poema “Mis deseos”, antecedido por una breve nota biobibliográfica, en el libro *Las escritoras 1840-1940*. J.M. Gorriti, C. Duayen, M. de Villarino y otras, antología con prólogo de Elida Ruiz. 2. Dos de sus poemas en la antología que compiló Bonnie Frederick, *La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del '80*, en donde se analiza sucintamente la situación de las escritoras en el siglo XIX, entre ellas Pelliza. 3. Un artículo en *Autoras postergadas de la literatura femenina argentina: Josefina Sagasta, Lola Larrosa, y César Duayen*, (Cristina Featherston editora). 4. Un fragmento del capítulo XXII de *Margarita* en *Narradoras argentinas* (Sosa de Newton, ed., pp. 69-79). 5. La reedición de dos artículos de Pelliza de *La Alborada del Plata* en el libro de Masiello, *La mujer y el espacio público* (pp. 105-7: “He ahí ‘La Alborada!’” y pp. 118-23 : “Reclusa o hermana de la caridad? Ni uno ni lo otro”).

(1885), que incluye también algunos relatos–, la colección de ensayos *Conferencias: el libro de las madres* (1885) y numerosos artículos y cartas en revistas y periódicos de la época, como *La Ondina del Plata*, *El Álbum del hogar*, *La Alborada del Plata* (que co-dirigió, junto con su amiga Juana Manuela Gorriti, durante un período entre 1877 y 1878) y su continuación, *La Alborada Literaria del Plata*.[/footnote]

Como han investigado Lily Sosa de Newton y Vicente Cutolo, casi todos los artículos de Pelliza, como así también los capítulos de la novela *Margarita*, folletín por entregas, aparecieron en la revista *La Ondina del Plata*, publicación “que perduraría cinco años, récord donde lo efímero, en esta materia, era corriente” (Sosa de Newton 16). Sus directores eran Luis Telmo Pintos y Pedro Bourel, ambos reconocidos editores en el ambiente de la época. En el plano estético, Pelliza fue cultora del melodrama y del Romanticismo tardío en años en los que ya surgían las primeras narraciones naturalistas y de ciencia ficción². Cabe preguntarse si existe alguna conexión entre la exclusión de su obra de la historiografía literaria y sus opiniones, generalmente (aunque no todas) atrasadas incluso para la década de 1870. Pero en contraste con el actual olvido, fue una escritora valorada por algunos de sus contemporáneos, como puede constatarse en la serie de cartas elogiosas de figuras célebres que la autora incluye como “corona” –una suerte de portal de legitimación– según era costumbre en la época, en las primeras páginas de su libro *Pasionarias* (1885), volumen en donde recopila poemas y textos de diversas épocas, entre ellos, “La lucha en el desierto”, cuento reeditado aquí³.

2 Pelliza publica varios de sus poemas y cartas en *El Álbum del hogar*, semanario literario dirigido por Gervasio Méndez en donde también publica, por esos mismos años, sus primeros cuentos (“Un tipo muy particular”, por ejemplo) Eduardo Ladislao Holmberg. Es decir, conviven en la revista –siguiendo las categorías de Williams– la estética residual del Romanticismo y la emergente de la ciencia ficción.

3 En tándem y muy similares surgen las lecturas de Carlos Guido Spano, Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi. Los tres le plantean a la autora que sus poemas no se piensan ni juzgan sino que se sienten (en clara sintonía con la

El presente volumen re-edita dos textos de Josefina Pelliza de Sagasta (1848, Entre Ríos – 1888, Buenos Aires⁴): la *nouvelle La Chiriguana* (1877) y el cuento “La lucha en el desierto”, incluido en *Pasionarias* (1885). Se trata de relatos de corte sentimental que ofrecen representaciones fantásticas de los indios del norte del país (los chiriguanos que habitaban a orillas del Río Bermejo y los de los valles calchaquies, respectivamente). Estas representaciones –por demás ambivalentes– no siempre coinciden con la mirada peyorativa y el propósito exterminador que puede verse en los discursos oficiales de la década de 1870, tales como los proferidos por Julio A. Roca al Congreso de la Nación o el proyecto de ley de fronteras, también presentado ante el Congreso, *Consideraciones sobre fronteras y colonias*, de Nicasio Oroño (1869). Aunque sin esa impronta institucional ni esa capacidad de incidir en las decisiones políticas o acciones militares de aquel futuro inmediato, estos textos de Pelliza

visión de género de la época: las mujeres pensadas en tanto seres más sentimentales/sensoriales que razonadores). La escritura fluye “como un raudal cristalino derramándose con murmullos apacibles” le escribe, galante, Guido Spano (*Pasionarias*, 4). Su voz poética es tan bella y liviana que se asemeja a la naturaleza, propone Alberdi. *Canto inmortal*, agrega, posee la capacidad de transmitir sentimiento: “Siempre cautivó mi espíritu aquellas notas arrancadas al sentimiento, verdaderos ecos del alma con que tan bien ha sabido vd impregnar las estrofas hermosas del *Inmortal* (*Pasionarias*, 6). También elogiando la lograda similitud de la poesía con la naturaleza, escribe Gutiérrez: “Sus poesías no se leen –se oyen– tienen en su cadencia sonoridades musicales –es la espontaneidad natural de su inspiración tan rica como original. Cuento uv con la aprobación de cuantos sepan apreciar esta clase de méritos en las obras de arte” (*Pasionarias*, 7). Y agrega Gutiérrez, como explicación de su elogio sensorial: “Las flores no se analizan –se admiran–, se gozan, y nos inspiran gratitud hacia quien las dota de perfumes y colores; por eso admiro y agradezco el ramillete de sus “*Lirios Silvestres*” como vd lo ha llamado en rigurosa propiedad”.

- 4 Nacida en Entre Ríos, Pelliza de Sagasta es considerada actualmente entrerriana, pero a sus siete años ya vivía en Buenos Aires, según consta en el Acta del Censo de 1855, en donde se precisa que era estudiante y vivía con sus padres y sus cinco hermanos en una casa de altos, en la calle Santiago del Estero 64. Hago esta aclaración porque lo poco que se conoce de esta escritora por fuera de los circuitos académicos está referido a homenajar su supuesta entrerrianidad: se la considera “la primera poeta entrerriana”.

no dejan de inscribirse, aunque tangencialmente, dentro del candente debate político en torno a la frontera con el Gran Chaco. O, dicho de otro modo, no podrían entenderse por fuera de aquella trama discursiva en boga por esos años.

La frontera norte, a diferencia del límite con el Río Negro hacia el sur del país (que sería establecido tras el sanguinario etnocidio que fue la “Campaña al desierto”, desde 1879 a 1881), ofrecía una mayor resistencia al avance blanco y no era de sencilla “incorporación” (por exterminio o anexión de sus miembros) al Estado-nación de la dirigencia criolla. Pelliza de Sagasta recrea el tema del vínculo conflictivo del blanco con el indio desde la prosa romántica y sin asidero alguno documental respecto de los chiriguanos y calchaquíes que aparecen en su *nouvelle* y cuento respectivamente. Creemos que su condición de género ofició como limitador en sentido: hubiera sido impensable que una escritora postulara, por fuera del envoltorio de la ficción romántica y sentimental, la riqueza cultural de los indios del Gran Chaco, o la belleza física y la espiritualidad del indio en general. Hubiera sido impensable –por una distribución de géneros (sexuales) y géneros (discursivos) según la cual las esferas de intervención política directa eran privativas de los hombres– que una intelectual enunciara abiertamente aquellas visiones (más ricas y polisémicas, aunque no exentas de conflictos y estereotipos) sobre los indios del norte –el enemigo por excelencia del “progreso” y la “civilización” por esos años–.

Sin embargo, no por sutil el gesto político que implica escribir – no valorativamente, pero sí desde un lugar diferente– sobre los indios es inexistente. Dentro de la pequeña escala de lectores de las revistas literarias que tuvieron, según han estudiado Néstor Auzá y Lily Sosa de Newton, su mejor época en los años `70, y acompañadas por el crecimiento del público lector femenino y de la participación de las mujeres en la vida pública, estos textos de Pelliza de Sagasta tuvieron su circulación en la época.

La representación de los indígenas que ofrecen es por demás ambivalente: se trata de construcciones que no logran desprenderse del arraigado racismo de la élite letrada blanca a la que pertenecía esta dama⁵ pero que, a la vez, dan cuenta de una mirada más humanizadora y estetizada, (por momentos no exenta de erotismo) que aquellas configuraciones contenidas en las posturas aniquilacionistas sostenidas –desde lecturas más o menos fieles a las ideas de Alberdi y Sarmiento– por las figuras del centro de la esfera política. En este sentido, creemos que la marginalidad interna a la élite desde la que escribe Pelliza de Sagasta (por ser mujer) puede pensarse como una colocación de enunciación análoga a la de los estudiosos del Río Bermejo, naturalistas y geógrafos de la época que, aunque letrados y con ciertos privilegios de clase, no intervenían directamente en la toma de decisiones sino que su función política era la de proveer a los dirigentes de imaginarios y de información en torno al mundo indígena. En este aspecto (y sólo en éste), las escrituras en torno a los indios de Pelliza de Sagasta y de una figura como la de Emilio Castro Boedo, por ejemplo, resultan hermanables. Claro que las fantasías de Pelliza, como las de otras escritoras mujeres de la época, no se leían con el valor de testimonio científico que los textos de viajeros: pero sí conformaban una pieza dentro del mosaico discursivo-simbólico con el que la dirigencia se representaba al indígena. Bajo esta especulación, esbozaremos una breve puesta en serie de *La Chiriguana* con otros

⁵ Aclaramos que su pertenencia a la élite letrada tiene que ver más con su sentido de pertenencia y sus modos de circulación dentro de este grupo (como lo atestigua la “corona” o conjunto de cartas de personas célebres con los que Pelliza de Sagasta abre su libro *Pasionarias* (1885) que con su situación económica concreta, sobre la cual Dora Barrancos ha puntualizado que no era favorable. “Los Pelliza Pueyrredón se hallaban en bancarrota”, aclara la historiadora, en el marco de un artículo sobre la triste vida de sometimiento y encarcelamiento doméstico de la hermana de la escritora, Amalia Pelliza de Sagasta, casada con el célebre y déspota Dr. Durand. El artículo, además, es elocuente en cuanto a las tremendas consecuencias que tenía el Código Civil de Vélez Sarsfield que regía desde 1869.

dos escritos que, como la novela, proponen alternativas al exterminio del indio chaqueño: lo complejizan, muestran su riqueza cultural y etnográfica, le otorgan una singularidad. Me refiero a *Noticias históricas y descriptivas sobre el Gran país del Chaco y Río Bermejo, con observaciones relativas a un plan de navegación y colonización* (1832) de Álvarez de Arenales⁶ y a *Estudios sobre la navegabilidad del Bermejo y colonización del Chaco* (1872) de Emilio Castro Boedo. (Aunque el primero fue escrito cuarenta años antes de los años '70, resulta un texto ineludible para Castro Boedo, que toma “préstamos” de su predecesor tanto en la ruta del Chaco como en la de la escritura).

La ambivalencia como marca: las polémicas en la prensa

Podríamos trazar cierta constante entre la adscripción genérica de sus textos y el grado (o la falta) de innovación en las ideas que cada uno expresa: mientras que los poemas son la veta más conservadora de su producción (textos de alabanza a Dios, al esposo, al hijo, en donde se construye un Yo poético femenino cuyo mayor malestar con el mundo que la rodea es nombrado a través de la melancolía por el pasado perdido), las novelas constituyen la zona más “desatada” o destrabada de los lugares comunes de la idiosincrasia católica y, por su parte, las cartas y polémicas periodísticas son los territorios del impulso y de la cortesía, pero también de la indeterminación ideológica. Hay tomas de posición en sus polémicas que son claramente conservadoras, pero también hay otras que resultan adelantadas para su época⁷.

⁶ Si bien es éste el nombre que figura en la portada de la obra, en el interior también encontramos la firma como “Idelfonso Álvarez de Arenales”.

⁷ No hemos podido hallar el volumen *Conferencias: el libro de las madres*, pero sí encontramos, citados por Francine Masiello, el siguiente fragmento de una de las conferencias allí recopiladas: “Llegará el día en que los legisladores fijen sobre las páginas de nuestro Código reformado, al reformar los derechos que nivelan al hombre con la mujer, una ley hermosa de reciprocidad,

Veamos algunos ejemplos de poemas: en el número 7 del semanario *La Alborada del Plata*, del 30 de diciembre de 1877, Pelliza publica el poema “La patria inmortal” en el cual el Yo lírico habla de la búsqueda que realiza el alma hasta llegar al cielo, la patria inmortal. Cabe destacar que, mientras el resto de los textos de la revista ofrecen una mirada pan-americana e incluyen colaboraciones peruanas, bolivianas, chilenas y casi todos los textos giran en torno a temáticas americanas –mirada que responde sin duda a la dirección de Juana Manuela Gorriti y que se irá perdiendo cuando el semanario pase a manos de Lola Larrosa– este poema, como otros de Pelliza (tales como “La materia y el alma”, “A mi hijo”, “Yo era feliz”, “Dobles”, “El canto de la expósito”, “La esperanza”⁸), hablan de un sentimiento religioso o de padecimientos anímicos que nada tiene que ver con el resto de los textos que componen esos números del semanario: tales como “Independencia literaria en América”

dando a ambos cónyuges, al unir dos fortunas y dos almas, un mismo derecho administrativo, una ley de confianza mutua y salvadora de los bienes comunes, que reguarde a los lujos y garanta el porvenir, muchas veces perdido en la disipación de una vida gastada en los desórdenes... Pudiendo la madre administrar sus bienes sin trabas ni dependencias, la fortuna de sus hijos estaría asegurada y libre de la ruina en que se envuelven tantas familias. Cortaría las especulaciones viles de buscar dinero y no mujeres, enfermedad endémica que ha llegado a tomar formas colosales y profundamente perniciosas. Así sabría el marido que los intereses aportados, no eran de su dominio, que la esposa era absoluta administradora y que solo por acto voluntario podría disponer de ellos. Concluirán las especulaciones y cesarían los espectáculos repugnantes de ver un joven casado con una vieja con carácter de abuela, pero cubierta de millones (70-72).” En Fletcher, (40-41). La crítica norteamericana lo cita para ilustrar la postura de avanzada que, para esos años (1885) ofrecía Pelliza de Sagasta en torno a la cuestión de la educación de la mujer. Pero la mirada de esta escritora no ha sido siempre innovadora para su época ni favorable a la autonomía de la mujer, como veremos al pasar revista por sus otras intervenciones en la prensa.

- ⁸ Detallo a continuación los datos de publicación de cada poema en el semanario literario *El Álbum del hogar*, dirigido por Gervasio Méndez: 1. “La materia y el alma”: Año 1, Nro. 2, 14/07/1878; “A mi hijo”, Año 1, Nro. 9, 01/09/1878; “Yo era feliz”: Año 1, Nro. 13, 29/09/1878; “Dobles”: Año 1, Nro. 19, 10/11/1878; “El canto de la expósito”: Año 1, Nro. 24, 24/11/1878; “La esperanza”: Año 1, Nro. 30, 26/01/1879.

de Jorge Argerich, “Episodios de la Independencia Americana, de Santiago Vaca Guzmán, los “Documentos peruanos” de Manuel Trelles, las “Leyendas andinas” de Gorriti y las colaboraciones en aymará y quechua, por nombrar sólo los más extensos. Esta evasión de la cuestión americana por parte de Pelliza es elocuente si pensamos que *La Alborada del Plata* expresaba el americanismo de Gorriti, un apoyo a la independencia de España, una defensa de cierta supuesta esencia local diferente a lo español y foráneo.

La cosa no mejora con las “fantasías”, como nombra el semanario de Gervasio Méndez a los textos ficcionales breves en los que se recrea cierta idea sin llegar a presentar un desarrollo narrativo⁹. Las polémicas, en cambio, resultan más imprecisables ideológicamente: en ellas la escritora puede mostrarse defensora de valores tradicionales o bien “innovadora” y crítica hacia temas religiosos, según la ocasión y el contrincante. Mencionaremos aquí, brevemente, tres polémicas: dos en la revista de Gorriti y en el año 1877 (la primera con Raymundo Torres y Quiroga, en torno a la “Emancipación de la mujer”, la segunda con Aníbal J. Dufools, titulada “¿Reclusa o hermana de caridad?”); y una tercera en *El Álbum del hogar*, en 1878, con el joven Da Freito, titulada “Última palabra”.

En torno a las polémicas, rescato –y relativizo para nuestro caso– la propuesta de Andrea Bocco para pensar dichos intercambios periodísticos:

A lo largo de todo el siglo XIX el debate se instala como práctica discursiva cotidiana. Pero no solamente se trata de “efervescencias discursivas” sino de la guerra concreta cuerpo contra cuerpo. Es decir, la virulencia en el tono de las disputas se condice con la violencia física, en estado de retroalimentación. En este sentido, la discusión con el otro se

⁹ Sirvan como ejemplo estos textos, aparecidos en el Año 1 de *El Álbum del hogar*, según se detalla: en el Nro. 40. 06/04/ 1879: “Una página del alma dedicada a mi esposo”; en el Nro. 42. 27/04/1879: “Las hojas de un libro”; en el Nro. 45. 11/05/1879: “El crepúsculo del alba”.

explicita a través de lo que consideramos la forma dominante del discurso decimonónico: la polémica, la que constriñe y posibilita la escritura en los diferentes `géneros`. (s/p)¹⁰.

La reflexión es válida para la polémica entre hombres, pero la situación discursiva es muy diferente cuando al menos uno de los contrincantes es mujer: ya no hay un correlato de la lucha cuerpo a cuerpo como causa y efecto de lo discursivo. Por el contrario, la pirotecnia verbal suele quedar subsumida dentro de los parámetros del buen tono (aunque las ideas a discutir sean medularmente opuestas). El caudal de lo decible es menor que en la polémica exclusivamente masculina. ¿Eran verdaderos debates entonces estos intercambios? Las formas de cortesía y respeto que se le deben a una dama quedarán en evidencia más aún en la polémica con el joven Da Freito, la única de las tres en donde los contrincantes difieren en género y en generación.

Veamos la primera de estas polémicas periodístico-epistolares. La punta del hilo comunicativo es una carta de Pelliza a la Srta Raymunda Torres y Quiroga en la que se hace referencia a una discusión anterior entre ellas en torno a qué es una mujer. La carta es breve y vale la pena transcribirla porque da cuenta de tres cosas: 1. cómo, por la duración efímera de los semanarios de la época, pero extensa de los debates, las cartas polémicas migraban de una publicación a otra (esta se inicia en *El Correo de las niñas*, continúa en *La Ondina del plata* y llega finalmente a *La Alborada*), 2. cómo la dirección de cada semanario (o la amistad entre quien dirigía cada revista y los colaboradores) incidía en la “comodidad” o “libertad” de cada escritor y, 3. hasta qué punto lo que estaba en discusión entre Torres y Quiroga y Pelliza era nada más y nada menos que el concepto de mujer: qué entiende cada una por esta categoría.

¹⁰ Agradezco a la autora el haberme enviado su libro –agotado actualmente– en versión electrónica.

Escribe Pelliza en *La Alborada del Plata*, Año 1, Nro. 9 (transcribimos esta y todas las citas subsiguientes respetando la ortografía original del S. XIX):

La casualidad ha traído á mis manos un número de “El Correo de las Niñas” donde figura mi nombre al transcribir Vd. Algunos párrafos que me pertenecen y que vieron la luz pública en “La Ondina del Plata”. Yo dedicaba esos artículos a la Señorita de Echenique y habríame sido muy grato conversar con ella de esa manera, si la falta de un periódico que profesara mis doctrinas no hubiera sido un obstáculo entonces, ahora es distinto, “La Alborada” me ofrece con su luz un horizonte muy ancho, donde sin temor puedo ensayar mis fuerzas y donde estoy dispuesta á la lucha con tanto o mayor ardor que la vez anterior (LAP, Año 1, Nro. 9, 67).

Raymunda Torres y Quiroga le responde en el Nro. 11 una extensa carta en donde quedan claras algunas cuestiones: su postura es la misma que la de la Srta Echenique y ambas coinciden con Pelliza en cuanto a la necesidad de la educación de la mujer. Disienten, sin embargo, en otros temas: la sabiduría (entendida contextualmente como aquel saber que trasciende la instrucción formal, sinónimo del “buen criterio”) y la emancipación, es decir, la independencia jurídica de la mujer, su capacidad de disponer de sus propios bienes sin depender legalmente del esposo, el padre o el hermano. Concluye Torres y Quiroga: “Eduquemos a la mujer para salvar la sociedad. Emancipémosla y habremos contribuido al perfeccionamiento del edificio social. La emancipación, lejos de perder a la mujer, la aparta del abismo de la prostitución.” (LAP, Año 1, Nro. 11, 85). La polémica aparentemente se termina allí. En el Nro. 12 de la revista hay una carta escrita por Pelliza, con orla fúnebre, de despedida a la recién fallecida Srta Echenique, su antigua contrincante.

La autora de *La Chiriguana* no esperará mucho para iniciar una nueva polémica: en el Nro. 13 abre debate con el escritor peruano Aníbal Dufools en torno a los oficios

religiosos de la mujer. Para asombro del lector, la escritora adopta ahora la postura progresista: plantea sin más la abolición de los conventos. De la mujer dedicada a la profesión religiosa, opina:

[E]s un ser inútil, sin misión digna en la tierra, donde Dios la coloco no para zángana sino para esposa, madre, hija, sobre todo y si no ligada a ningun vínculo tierno e íntimo, por lo menos mujer útil en el mundo, donde hay tantas lágrimas, tantos infortúnios, que solo a la mano delicada de la mujer le es dado suavizar. (LAP, Año 1, Nro.14, 109).

Por su parte, Dufools plantea que uno de los males actuales es la pérdida de sentido de la caridad. Considera que el oficio religioso es fundamental para el bienestar social. Para el autor peruano (y para los letrados de la época en general, como explica Janik), los escritores tenían la prescripción de mejorar moralmente a la sociedad: un modo directo sería fomentando y apoyando el oficio de las monjas y “hermanas de la caridad”:

Señora, sois escritora y os encontráis hoy al frente de un Semanario, que os impone el deber de dedicaros á corregir muchos males: ese está entre ellos. Al iniciar vuestro trabajo, contad que si lo extinguís habréis mejorado nuestra sociedad; mas, si por desgracia a pesar de lo elocuente de vuestra palabra nada obtenéis, tened la seguridad de Haber colocado la primera piedra para el gran edificio que, pasado algún tiempo, se levantará (LAP, Año 1. Nro. 12, 93).

Así, a raíz de la apelación a la moralizante y educadora función del semanario, Pelliza recoge el guante y contesta, subiendo así el tono del debate:

Es tan raquítica ante mis ojos la figura frailuna de la monja, que en todos tiempos y hoy más que nunca al frente de un periódico, tendré siempre para ella una palabra de

reprobación y antipatía. Es un ser inútil, sin misión digna en la tierra, donde Dios la colocó no para zángana sino para esposa, madre e hija. (LAP, Año 1, Nro. 14, 108-9).

En el número siguiente de la misma revista (de la cual ahora es directora), Pelliza afianza su postura: la mujer que abandona su familia y su patria para encerrarse en un convento, asevera, está desatendiendo sus afectos y deberes ciudadanos (LAP, Año 1, Nro. 15, 118). Es ella quien cierra el debate con la siguiente carta:

Voy a concluir diciendo a Vd. que la hermana de caridad de nuestros días es una especuladora hipócrita sin piedad. (...) Sólo como mujeres pagadas, curan mal y enseñan peor, llenando de preocupaciones absurdas la mente juvenil de los niños que educan, con patrañas y supersticiones de supina ignorancia. (LAP, Año 1, Nro. 16, 121).

La frase desconcierta si tomamos en cuenta el final de su novela *Margarita*, en donde la protagonista no solo se hace Hermana de Caridad para ayudar a huérfanos y enfermos y sino que esta conversión es valorada positivamente por la voz narrativa (la misma voz narrativa, por otro lado, que abala las relaciones sexuales premaritales y cuestiona el matrimonio como institución social). La protagonista, Margarita, también tiene una visión negativa del matrimonio, y ante la insistencia de su amado Plácido en el casamiento, responde:

No comprendo tu empeño en una union que ya nuestras almas la han efectuado, un sacerdote unirá nuestras manos, nos dirá unas frases sin sentido para nuestros corazones ya eternamente unidos en la tierra y más tarde en el cielo-- y luego, muy satisfecho se retirará creyendo que con *aquella estúpida forma social, que con aquella irrisoria imposición de los hombres*, no de Dios, que ha unido nuestras almas por medio

de dos palabras –No comprendo, te repito qué empeño te guía al desear ardientemente esta unión que yo no creo tan necesaria como a ti te parece. (*Margarita*, 47)¹¹.

La polémica con da Freito la retorna al lugar conservador que solemos hallar en sus poemas. En ella, Pelliza construye para sí el lugar de mujer ofendida ante la osadía del joven, que no respeta su condición de dama:

El señor articulista Da Freito sin haber contestado a nuestros dos artículos “La mujer literata en la República Argentina”, nos trata en su último con estraña descortesía. Lo sentimos por El; nosotras estamos muy alto y a pesar de sus esfuerzos y clamores no nos ha alcanzado (...). Si el señor da Freito tratara á Judith, seguras estamos se avergonzaría de haberla calumniado y casi nos atrevemos á asegurar, llegaría a ser su amigo, y hasta a oír sus consejos. Entonces se conven-
cería que la mujer literata sin pretensiones ridículas, puede ser madre y esposa ejemplar sin que por ello olvide su amor a las letras, y sin que esta pasión noble e inocente, menoscabe en lo más mínimo los deberes y atenciones sagradas del hogar”. (*Álbum del hogar*, 28 de diciembre de 1878, 1, columnas 1, y 2).

Paralelo a su reclamo o recordatorio al joven Da Freito de sus derechos de dama, Pelliza remarca sus compromisos: la escritura es una actividad legítima luego de haber cumplido con las labores domésticas de madre y esposa:

Nada es más condenable a nuestro juicio que la actitud de la mujer que hace abandono de sus deberes –sea hija o sea esposa– para atender sus papeles y perder su tiempo que requiere el desaliño de la casa o el apunte de la ropa –pero cuando la mujer cumple con sus deberes y sabe y puede, en lós ratos de descanso, escribir, dando forma a sus ideas, la creemos digna

¹¹ La cursiva es mía.

de aplauso y hasta de admiración –esto hemos sostenido y sostendremos siempre”. (*Álbum del hogar*, 28 de diciembre de 1878, 1, columnas 1, y 2).

Son escasos los momentos en que su escritura se mete en temas de interés típicamente masculino (como la tiranía de Rosas, la falta de libertad de expresión en general). Es decir: si bien participa en la prensa y sostiene debates con pares masculinos, los temas sobre los cuales opina ar prioritario dentro de las exigencias autopercebidas para su género. Sin embargo, también recurre una y otra vez la declaración de que es legítimo que una mujer (esposa y madre) se dedique a escribir, *una vez cumplidas sus obligaciones domésticas*. Tanto en las tres polémicas como en la prosa ficcional de Pelliza se lee una misma preocupación: desde qué posición puede una mujer servir mejor a la sociedad. Pero también, aunque en menor medida, surge el reverso de la misma pregunta: cuál es el mejor lugar para la mujer en la sociedad (en cuanto a su bienestar y a su comodidad). Creemos que esta recurrencia puede leerse cierto espesor metatextual: es decir, como una manera de la autora de indagar en torno a (y defender) su propia legitimidad como escritora.

Grosso modo, podemos decir que en la escritura de Pelliza pueden armarse cuatro operadores discursivos según el género literario cultivado en cada caso: en la poesía será el duelo del Yo lírico por la pérdida del paraíso de la infancia o la nostalgia de un orden precedente (matriz conservadora y eufemismo de su incomodidad ante los cambios sociales de la década del setenta), en la polémica, el relato y la novela serán la arenga en torno a la importancia de ciertos valores percibidos bajo amenaza por el incómodo presente (la familia como centro de vida, el rol de la mujer en tanto esposa y madre; la representación maniquea y binaria del mundo, la tirria hacia lo extranjero). Pero no solo eso: también, como sin darse cuenta, Pelliza critica aquello mismo que sostiene: el matrimonio, la dependencia al marido, las monjas y su servil dedicación.

La Chiriguana: romanticismo cristianizante y colonizador

Tanto la novela breve *La Chiriguana* (1877) como el cuento “La lucha en el desierto” (1885) son “fantasías” (para usar una palabra decimonónica que refiere al carácter no verídico, ficcional, de esa escritura) ambientadas en escenarios rurales con vagas referencias geográficas (en la región del Gran Chaco, a orillas del Bermejo *La Chiriguana* y en la zona de los valles calchaquíes el cuento) y en épocas remotas (en algún momento posterior a la llegada de los españoles). Como dijimos al comienzo, se trata de recreaciones idealizadas que combinan el racismo o “etnofobia” de la élite blanca, con una mirada que erotiza embellece a los indígenas, reconstruyéndolos desde ideales estéticos puramente imaginarios. Son historias que, con un alto grado de violencia y temáticas en torno a amores frustrados o aún no concretados, hablan de la hibridación cultural entre blancos e indios o, más precisamente, de la devastación de las culturas indígenas. En estos textos, la violencia no es exclusiva del blanco ni hay un tono denunciante respecto de las masacres de indios perpetradas por criollos. Más bien, cierto regodeo en el relato de la violencia *per se*. Así, el relato de la violencia convive con la erotización del indio y con mensajes de propaganda colonizadora.

Mientras que *La Chiriguana* puede leerse como una ficción romántica, de corte melodramático, que sugiere las ventajas de adoptar (cristianizar y anexar) a los “mejores” indígenas del Chaco como mano de obra en la sociedad blanca, “La lucha en el desierto” parece referir a una convivencia en dirección contraria: el cuento narra, desde una voz narrativa empática con el personaje femenino, la historia de una cautiva blanca criada por una india que, tras escuchar de boca de su madre adoptiva india el relato de su origen, es raptada por un indio y se enamora de su raptor. El cuento puede leerse como una incitación a encontrar lo

bello y amoroso/erótico en el cuerpo indígena, es decir, en aquello que la cultura masculina blanca de la época considerara digno de aniquilar o someter.

“La lucha en el desierto” también es un relato de la comunicación y el afecto entre tres mujeres: la abuela ciega calchaquí, Omac (la madre adoptiva de la niña blanca hallada misteriosamente en un nido de cóndores), y Alíxora, (la cautiva transculturada a la cultura calchaquí, enamorada de su raptor). Con los condimentos inverosímiles propios del melodrama, el cuento propone que la abuela ciega recupera súbitamente la vista, ve a la niña blanca recién rescatada por Omac y muere¹². La escena de la muerte súbita de la abuela tras el impacto de ver a la niña blanca recién hallada es narrada por Omac a Alíxora en su propio lecho de muerte. Si la anciana ha muerto tras la visión de su “nieta”, la madre muere luego de revelarle a su hija su verdadero origen:

El condor sin hijos graznó durante toda la noche sobre la choza de mi madre muerta; la niña blanca durmió arrullada en mis brazos... ¡Oh! La amaba, la amaba. Omac dobló su cabeza sobre el seno de Alíxora, imprimió sus labios sobre los labios de la niña, un ligero aliento se extinguió en su pecho y el corazón de Omac cesó de latir. No existía... (*Pasionarias*, 160).

Las tres generaciones viven de modo diferente la relación inter-étnica: si la anciana “cantaba sin descanso su eterna maldición al español” (*Pasionarias*, 158), Omac adopta, ama (y rebautiza con el nombre de Alíxora) a la niña blanca y Alíxora, por su parte, se enamora de su raptor. Mientras la tribu se incendia y desaparece materialmente, el deseo entre la ex cautiva, a-indiada Alíxora y el indio parece avizorar una pervivencia de ambas razas a través

¹² “Los ojos sin luz de mi madre se iluminaron”, le narra Omac en su lecho de muerte a Alíxora, “se inclinó sobre mis brazos, miró el rostro de la niña y dio un grito, ¡blanco! Dijo y se desplomó a mis piés, estaba muerta. Había recobrado la vista para morir” (*Pasionarias*, 160).

de su unión amorosa. En este sentido, el cuento “La lucha en el desierto” bien puede pensarse en línea con las *Lucía Mirada* (1860) de Rosa Guerra y de Eduarda Mansilla, obras en las que “se reescribe el episodio de la supuesta primera cautiva blanca inscrito en la crónica *La Argentina* manuscrita (circa 1612) de Ruy Díaz de Guzmán” (Lojo, 2016). En ambas obras de 1860, “los indígenas son sujetos sociales y culturales que se ajustan a las normas y valores y profesan creencias (algunas no incompatibles con las cristianas)” (Lojo, 2016).

Pero el cuento de Pelliza también es un relato sobre la agonía de la tribu calchaquí (simbolizada en la agonía de Omac, la anciana indígena, madre adoptiva de la cautiva Alíxora). El inicio nos evoca los incendios de *La Chiriguana* y alegoriza (a través de la descripción romántica de una naturaleza humanizada, como en la *nouvelle*) la destrucción de una cultura indígena:

La antigua comarca de los calchaqui salvajes, estaba desierta, solo una choza se alzaba en el llano al abrigo erial rosado, cepas lujuriosas que cubren el valle y se extienden hasta el deslinde del Pucara. (...) Eran las llamas de la maleza seca que ardía en torno, que subían en rojos espirales que el viento azotaba, desprendiéndolas del hogar en penachos enrojecidos, que las bocanadas del aire esparramaban por el valle y que se enroscaban como pequeñas serpientes al tronco de las yerbas cercanas. (...) Un chisporroteo más vivo subió en rojas luminarias hasta la cumbre del techo, las ramas se quejaron más fuerte, eran voces de la selva que la llama arrancaba a los sarmientos tiernos, y a los corazones ancianos, con su lengua candente. Las llamas rosadas del puca, lamieron con más fuerza los bordes del horno; las raíces duras se derramaron consumidas en blancas espirales de humo y chispas rojas como gotas de sangre (157-8).

En *La Chiriguana* también hallamos una estetización y una erotización del indio, detalles de “la hermosura salvaje del indio”. Del joven inca Dalma se dice que:

[E]ra alto, de formas hercúleas, sin ser grueso, la tez dorada, los ojos negros rasgados, y de expresión fiera y decidida; un bozo negro y brillante adornaba su boca gruesa y de encendido color, tenía la nariz recta y algo dilatada en las inspiraciones, su frente ancha y bronceada era altiva, sañuda y ligeramente contraída en el seno, las azuladas venas de sus brazos y pecho, se transparentaban á través de la fina epidermis como se transparentan los nácares en el fondo de los estanques.

Clara prueba de lo fantasiosa e idealizada (es decir, “blanqueada”) de esta construcción es el detalle de la transparencia de la piel que deja ver las venas, una suerte de representación desindianizada del cuerpo del inca.

Aparecida dentro del primer volumen de la Colección Americana –proyecto tal vez de Luis Telmo Pintos– que, como su nombre lo indica, se proponía editar una novela de tema americano por año, y escrita por invitación de dicho editor, *La Chiriguana* presenta, como *Margarita* (1875, 2016) y como la inconclusa *La favorita de Palermo*, la estructura narrativa típica del melodrama¹³. Solemos encontrar una abundancia de sucesos trágicos e inesperados (catástrofes, pasiones y cambios de fortuna rayanos en lo inverosímil), un uso del lenguaje hiperbólico, grandilocuente, declamativo y tremendista, una construcción monolítica y opositiva de los personajes (seres sin ambigüedades ni matices), una cosmovisión maniquea del mundo (dividida en las fuerzas del Mal en constate acecho hacia las fuerzas del Bien), una

¹³ Según Peter Brooks, el melodrama es una modalidad narrativa surgida en el teatro francés del siglo XVII pero cuyo momento de esplendor fue la novela realista-romántica decimonónica, cultivada por folletinistas de escasa calidad literaria como así también por escritores de la talla de Balzac, Dickens, Dostoivsky y Henry James. En el caso local, son muchos los autores que han echado mano del melodrama: casi todas las obras de la literatura argentina del siglo XIX en adelante contienen –aunque, claro está, no necesariamente de modo estructural como las novelas de Pelliza– ciertos elementos melodramáticos: desde José Mármol, Vicente F. López, Sarmiento y M. de Sator, hasta Juan María Gutiérrez, Lola Larrosa y Hernández en su épico *Martín Fierro* (1872), entre muchos otros.

clara búsqueda de conmoción inmediata en los lectores (que asisten al constante e injusto maltrato de los héroes por parte del villano)¹⁴.

La Chiriguana narra la historia de un amor frustrado entre dos jóvenes indígenas, Sora y Dalma, en una tribu chiriguana a orillas del Río Bermejo. Transcurre en una época remota, apenas posterior a la llegada de los españoles. Con clara impronta católica, uno de los rasgos distintivos de los héroes –además de su nobleza de sangre y su manejo del español– es que ambos poseen fe cristiana. Echando mano de algunos rasgos románticos (que ya empezaban a caer en desuso para 1877), y con un fuerte predominio del melodrama como matriz narrativa, hay aquí también pequeños atisbos de una prosa realista (o de corte más pragmático) que, sin llegar a plantearse como una nueva estética en reemplazo del melodrama, surgen nítidos en ciertos párrafos y plasman las preocupaciones “industriales” y la mirada capitalista de la época.

En cuanto a los elementos románticos, quizás sean las descripciones de la naturaleza humanizada (y anticipatoria de la suerte de los personajes) los rasgos más típicos. El comienzo de la obra, tras presentar un espacio natural “salvaje” como *locus amoenus* idílico, permite sospechar (a partir de la representación de una naturaleza simbólica) la inminencia de un conflicto que romperá aquella precaria calma:

Cuando sobreviene la noche y rasgando el éter lanza sus rayos la luna sobre las abrasadas márgenes del Bermejo, alcanzan sus mústios cogollos las palmeras y las flores del aire, blancas y febles como una ala transparente de mariposa, desatan sus delicadas hojas, abren su corola perfumada y raudales de aroma embriagadora se mezclan á la brisa tibia de voluptuosidad; las aves no arrullan, llevan el pico entreabierto de calor y buscan saltando de rama en rama un sitio fresco y

¹⁴ Ya analicé en artículos anteriores tanto la cuestión del melodrama en la literatura folletinesca que precede a Pelliza (durante la década de 1850) como el melodrama en *La Chiriguana* y en *Margarita*.

perfumado, solo la feroz Ayará de abrigantados anillos y distintas formas y colores se arrastra suavemente dejando su rastro impreso sobre la tostada arena, de cuando en cuando un silvido de finísima vibración entreabre sus fauces comprimidas, algunas veces busca su cueva que abandonara al medio día, otras se enrosca al tronco añoso de algún higueron y adherida á la corteza parece un tallo monstruoso de verdosa yedra.

Dentro de la idealización de los personajes propia de la narrativa sentimental¹⁵, ambos protagonistas ocupan lugares jerarquizados dentro de sus culturas de procedencia: el “indio extranjero” es un inca de sangre noble y la bella Sora, también de sangre noble, es además la hija del cacique de la tribu. Pero ni la belleza, ni la juventud, ni la nobleza de sus sangres habilitan a los amantes a casarse pues, según esta “fantasía” de Pelliza, el matrimonio de un chiriguano con un extranjero es una de las prohibiciones básicas de la cultura chiriguana, que establece como primera ley el “odio y exterminio al extranjero”. Es por esto que “el grande espíritu Pachámac”, a través de su mensajera Farú, ha vaticinado la imposibilidad de esta unión amorosa y la tragedia que devendría, si se desobedeciera el tabú fundante. Pero los jóvenes deciden desafiar la ley e insisten en casarse. Sora, entonces, es condenada por su propia tribu a morir en la hoguera. Su amado inca pelea para evitar su muerte: se desata una gran batalla entre Dalma y sus indios, por un lado, y los chiriguanos, por otro. Todo concluye con un gran incendio, del cual nadie se salva. Momentos antes de arrojarle al río, el joven Dalma encuentra el cadáver de su amada Sora y, aunque sus almas ascenderán unidas

¹⁵ Remito al esclarecedor artículo de Ramiro Zó.

al cielo¹⁶, junto con sus muertes (han hallado “una tumba digna de su amor sublime en el fondo del Bermejo”) se acaba la vida de los chiriguanos:

El Inca dió con el pié al cadáver de Farú, llegó á la orilla y oprimiendo contra su pecho el cadáver de Sora en los brazos, unió su boca á la yerta boca de ésta y precipitándose en las aguas, buscó una tumba digna de su amor sublime en el fondo del Bermejo. Un instante despues dos blancas nubecillas surgían de las aguas, flotaban un instante sobre la quieta superficie y luego elevándose en el aire, subían al cielo confundiendo con los rosados albores de la aurora, eran el alma de Sora y de Dalma convertidas en celeste emanación.

Ahora bien: los jóvenes amantes que osan transgredir el tabú no parecen pertenecer del todo a sus respectivas culturas: hablan castellano, sus descripciones físicas no responden del todo al fenotipo indígena, y son cristianos. La fe en Dios, propone el texto, les da la certeza de que hay un más allá, el coraje de enfrentarse a las injusticias de la vida terrenal en pos de la unión marital, aunque ésta se dé sólo en los cielos. ¿Aboga esto a favor de la supuesta naturalidad con que estos indios (los mejores de su tribu) serían asimilados a la cultural blanca? ¿O la cristiandad de los protagonistas es parte de la ejemplaridad moral que posee todo héroe de melodrama¹⁷? ¿O acaso sea parte del mensaje evangelizador –dentro del plan de educar moralmente a las jóvenes lectoras– que debía portar toda novela sentimental?

¹⁶ Por la final transformación de las almas en emanación sobre el río, Eugenia Ortiz Gambetta inscribe esta obra dentro de las “historias de metamorfosis vegetales o almas externadas en plantas” (343).

¹⁷ Para Brooks, el rasgo principal del héroe del melodrama es su ejemplaridad moral, su capacidad de resistir los ataques del mal sin perder su proceder ético. En este sentido, el melodrama “es el expresionismo de la imaginación moral” (199). En el desenmascaramiento de las falsedades impuestas por el villano (el Mal), se restituye el Bien y se restituye, por tanto, una afirmación de la individualidad, “la acción desarrollada en escena es siempre implícitamente un emblema del cósmico drama ético” (198).

Así como Sora (y Dalma, pero él es inca) es la más rescatable de los chiriguanos, en el otro extremo de la escala moral estarían sus padres, Yancatríz y la loca Farú, ambos descriptos como seres supersticiosos, primitivos y de conductas desenfundadas. El personaje de Farú, en este sentido, es especialmente interesante: es una india chiriguana que ha enloquecido de joven porque su esposo y padre de Sora, Yancatríz, cacique de la tribu, la ha engañado con una cautiva, con quien al parecer ha tenido otra hija. A esta traición conyugal se sucede el malentendido respecto de la identidad de quien ha muerto: hay un incendio y ambas bebas (Sora y la hija, apenas un poco mayor, nacida de la unión de Yancatríz con la cautiva blanca) se confunden. Farú cree haber perdido a su hija Sora y enloquece. Como en *Margarita*, reaparece aquí el tema de la madre que se vuelve loca a partir de la desaparición de su descendencia. Veamos la escena de la novela de 1875, por demás melodramática:

Y la infeliz madre se dirigió de puntillas hacia la desierta cuna; entreabrió el blanco mosquitero, y buscando con avidez al niño, revolió almohadas y colchón. Su hijo no estaba allí. Se oprimió con ambas manos las sienes, y con un grito del alma: ¡No está! murmuró: ¡Me lo han robado! ¡me lo han robado! Y al espirar la última palabra en sus lábios, cayó de rodillas lanzando una carcajada seca y nerviosa como un preludio de demencia. Desde aquel día, Margarita, completamente loca, se encerró en un silencio absoluto. (Pelliza, 9).

La línea que separa lo extranjero de lo no extranjero es difusa y ambivalente en *La Chiriguana*, como son ambivalentes las lenguas que manejan los personajes: Yancatríz, padre de la protagonista, es un indio de la tribu vecina a los chiriguanos, es toba, es decir, es también de las orillas del Bermejo pero no estrictamente igual a los chiriguanos. Dalma habla español con Sora (de hecho, se especifica que habla “con acento puro español”, 31), a diferencia de los indios chiriguanos que se dirigen a Sora en “una lengua exótica que debe ser guaraní”. Sin embargo, a pesar de que

en el primer capítulo se apunta este pasaje de una lengua a otra (Sora es la única bilingüe que puede saltar, según la lengua de su interlocutor, del español al guaraní), luego no hay más referencias al hecho de que Dalma no habla la lengua chiriguana y, por el contrario, se lo ve interactuando con otros personajes de esta tribu¹⁸. Pero lo interesante de la presencia de lo extranjero no es tanto el uso de la lengua sino, por un lado, su caracterización positiva (lo extranjero inca es aquí moral, física e intelectualmente superior a lo chiriguano) y, por otro lado, su poder cristianizador: los amantes y héroes de la historia hablan español y son cristianos, es decir, son los menos indígenas de todos los miembros de la tribu.

¿Cuál es –si aceptamos a priori el funcionalismo moral de ciertas obras del siglo XIX–, su función “ancilar”¹⁹. Es decir, ¿cuál sería el axioma ideológico que subyace en *La Chiriguana*? Quienes tienen fe cristiana son superiores, más valientes, no se amedrentan ante vaticinios primitivos lanzados por una loca como Farú. Los blancos –o los indios blanqueados, cristianizados, como Sora y Dalma– prefieren la voluntad de Dios antes que la voluntad de Pachámac, aunque esta elección les cueste la vida. Es decir, vale la pena

¹⁸ Para un estudio sobre la importancia de las lenguas indígenas en el pensamiento romántico de los letrados rioplatenses del siglo XIX, remito al artículo de Hernán Pas.

¹⁹ ? Explica Janik en un análisis sobre las relaciones entre literatura y periodismo en el siglo XIX, que “la transformación del pueblo en sociedad equivale a un proceso de educación colectiva. El tema más importante y el *leitmotif* del pensamiento de la minoría dirigente era que, en cada estado, debía crearse una sociedad civil” (Janik, 1). Los encargados de *instruir* a las masas eran los *literatos*, entendiendo a la *literatura* a través de la concepción de la Ilustración, como “la totalidad del saber, el conjunto de todas las letras y ciencias”, es decir, “el dominio del saber cultural basado en el espíritu científico” (Janik, 1). Decir que un autor posee literatura es decir que posee cultura, y por ello el intelectual es el encargado de formar la opinión pública, a través de la prensa. El literato es el centinela a las puertas del Estado, para recordar a sus conciudadanos sus derechos y deberes. Así, la literatura (especialmente la narrativa, pero también la poesía), dentro de este paternalismo ilustrado, tenían en palabras de Janik, “una función ancilar” (3): estaban, aunque en cierto sentido sobrevaloradas, por entero al servicio de la sociedad.

morir en defensa de los valores cristianos, pues Dios nos recompensará con la vida posterior. Pero, al mismo tiempo, es inevitable preguntarse: ¿estaba equivocado el vaticinio chiriguano? Al fin de cuentas, todos han muerto y el fuego ha devastado a la tribu entera: algo de verdad yacía en los vaticinios de la loca Farú, planteada en la ficción como epítome de lo chiriguano. ¿Qué paradigma es el correcto, el cristiano o el indígena? En cierto sentido, ambos se cumplieron: las almas de los jóvenes se han unido en el más allá y el horror destructor ha caído sobre los chiriguanos. ¿Es cristianizante esta historia? La supuesta felicidad de la unión posterrenal de los amantes compite textualmente, para ganar la atención del lector, con las descripciones detalladas de la destrucción, la muerte, el incendio masivo, todo ello atravesado por el exceso de estímulo sensacionalista. ¿Qué valoración tiene en la novela el paradigma racionalista científicista (aquel que avalaba, tras lecturas de Sarmiento y Alberdi, la destrucción masiva de los indios a partir del discurso de “la seguridad nacional” y el “progreso”)? Se diría que la obra acepta al menos dos lecturas simultáneas: puede tomarse toda *La Chiriguana* como un alegato a favor de la violencia hacia el indio (la cuota de violencia propia del melodrama está más que excedida en este caso); o bien puede leerse como una fantasía que, aunque mezclando indistintamente todo lo indígena (toba, chiriguano, inca), genera cierta revalorización del indio (en la medida en que sus héroes –de alto prestigio moral como ocurre en el melodrama– son indígenas), sugiriendo así que “lo americano” (recordemos la génesis contractual de esta novela escrita por encargo), aquello tan necesario para armarnos una identidad diferente de la española, residiría en el componente indígena, rescatable en mínimas porciones de los habitantes del entorno del Río Bermejo (pero sólo de algunos de sus miembros)

Hay en esta obra –ya lo dijimos– una alternancia entre la prosa romántica melodramática (que predomina) y cierto esporádico tono narrativo pragmático. Desde las primeras

páginas, tras la descripción de la feroz Yará, la voz narrativa cambia de golpe y, cuasi-ensayística, comenta con despotismo ilustrado cómo el territorio ayer ocupado por la tribu chiriguana es hoy navegable: el Chaco será en el futuro, gracias a los efectos de la modernización tecnológica, el gran emporio americano:

El Bermejo es hoy navegable, la gran obra de canalización ha dado su resultado, vapores de regulares dimensiones cortan sus aguas; la explotación se acerca y muy en breve aquellas vírgenes comarcas serán el gran emporio de la riqueza americana: los moradores de Orán y demás pueblos adyacentes esportarán sus caudales de riquísimos productos: la azúcar, el café, el tabaco, el arroz, el aguardiente y otros muchos puros y legítimos vegetales que hoy son realizados en Chile a un ínfimo precio; pronto serán exportados a Buenos Aires, donde los preferiremos a los que nos traen de Europa haciéndolos pagar a precios fabulosos sin que ellos sean tan ricos y puros como los que nosotros poseemos.

¿A qué viene este fragmento, una digresión de la trama? Lo entendemos como una breve intervención política en línea con otros discursos de la época en torno a los indios del Bermejo. Aunque fugaz, esta mirada súbitamente capitalista y colonizadora, muy por fuera de la idealización romántica, no es inocente: es el ojo del amo posado de repente sobre estas poblaciones. Quienes las habitan, aclara la voz narrativa en su veta pragmática, son hoy “indígenas Tobas, Matácos y Chiriguano, distintas tribus de indios hoy mansos y de los que se emplean en la elaboración de azúcar en los ingenios y haciendas de Orán”.

Aunque difieren en lo literario, algo comparten el estilo romántico sentimental y las digresiones capitalistas: ambos tienen la pretensión de ver el futuro, como vaticinio oracular en el fragmento romántico, como vaticinio de éxito industrial y comercial en la voz narrativa disgresiva. Como la heroína de gran moral y fe cristiana (potencialmente adaptable a la “civilización”), estas tierras (navegables, ergo,

explotables) también son dignas de incorporar a la cultura blanca. Ambas parecen variables esenciales en la ecuación del Estado-nación capitalista: la primera como mano de obra, la segunda como medio de enriquecimiento. ¿Con quiénes dialoga o a quiénes copia esta inserción súbita de una reflexión política y fascinada con el progreso presente, sobre el aprovechamiento del Bermejo, en línea con la fascinación de la época en torno a las riquezas que depa-
 ran los adelantos tecnológicos del hombre en su dominio de la naturaleza²⁰.

Otras miradas sobre el Río Bermejo y los indios chiriguanos

La década de 1870 afianzó las condiciones de posibilidad –a nivel ideológico– y llevó a cabo –en la acción– la “Campana del desierto”, verdadero etnocidio que supuso “en una Argentina de dos millones de habitantes la eliminación de casi cincuenta mil personas de la Patagonia y del Chaco” (Viñas, 42). Existe un *corpus* considerable de textos militares, científicos, periodísticos, sobre las sucesivas expediciones que desde 1869 hasta 1881 se llevaron a cabo desde Buenos Aires hacia *tierra adentro*, “el desierto”, es decir, hacia la zona de la Pampa y Patagonia. Me refiero al corpus que Claudia Torre releva, organiza y analiza con lúcida profundidad en *Una literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto* (2010). Pero hasta ahora no hemos sabido de un corpus y un análisis semejante referido a la frontera norte, la zona del Gran Chaco, tomando

²⁰ Rindiendo honor a esta mirada decimonónica y positivista (y con una postura peyorativa respecto de los indios, a tono con esa ideología oficial) cabe recordar el poema de Pelliza “El Siglo XIX”, sobre todo su primera estrofa: “Al empuje gigante del progreso / Alzó su talla soberana el siglo / Y sacudiendo el peso, / Que amontonára el tiempo en su cabeza, / Desplegó al viento la primera bandera, / Y uniendo las distancias de la tierra / Del hélice al vapor como dos alas, / Encadenó a sus plantas el desierto / Con sus razas indómitas y malas” (*Pasionarias*, 31).

como límite el Río Bermejo, no al menos más reciente que rescatado por David Viñas en su clásico *Indios, ejército y frontera* (1982).

Dentro de lo rescatado por Viñas hay obras que –aunque no son ficciones sentimentales como las de Pelliza– coinciden en cuanto a su focalización en los indios del Gran Chaco, en dejar dicha la riqueza y singularidad de sus culturas y en tematizar la violencia (ya sea interna a las tribus o del blanco hacia el indio). Se trata de textos escritos por exploradores/naturalistas que, sin perder el ojo capitalista puesto en lo explotable/enriquecedor de la región, van un poco más allá del mero interés mercantilista: *Estudios sobre la navegabilidad del Bermejo y colonización del Chaco* (1872) de Emilio Castro Boedo y a su antecesor *Noticias históricas y descriptivas sobre el gran país del Chaco y Río Bermejo, con observaciones relativas a un plan de navegación y colonización* de Idelfonso Álvarez de Arenales (1832), obra que, aunque escrita cuarenta años antes, se torna intertexto fundamental para Castro Boedo.

Veamos algunas cuestiones del texto de 1832. La primera operación de Álvarez de Arenales es legitimar su lugar de enunciación: destaca entonces el carácter “científico” de su libro, diferente de las fantasías, falsedades y exageraciones que han hecho sus predecesores para exaltar el valor de sus hazañas:

Las antiguas crónicas y relaciones de los Jesuítas abundan en descripciones y detalles concernientes á las innumerables tribus ó aduares de indíjenas, que habitan el Chaco; (...) el objeto mas ó menos disimulado de aquellas obras fué ponderar y elevar al mismo tiempo un monumento de gloria á los peligros, afanes y mérito apostólico de los mismos que las escribían; no es de estrañar, que las exajeraciones y chocantes vulgaridades, que nos han transmitido, hayan sido notoriamente contestadas ó evidentemente desmentidas por testimonios mas expertos y menos interesados en inventar prodigios. (87)

Arenales construye su prestigio “científico” y la necesidad de su investigación alegando que este libro dará un conocimiento “real”, nacido de la observación presencial de la región del Gran Chaco (“no solo por la importante calidad de aproximarse mas á lo presente, sino también por ser el resultado mas inmediato de aquel espíritu de investigación política y filosófica, que fué su principal móvil”). Así, una vez instalado el valor de su palabra, la primera rectificación de Arenales respecto de las “falsedades” de los cronistas precedentes se refiere a la complejidad e importancia demográfica de las comunidades indígenas:

Desde luego, el número de las familias, tribus, aduares, ó parcialidades es incontestablemente tan abultado, que no hay relacion (anti gua ó moderna) que no contenga muchos nombres de aquellas, que ninguna otra menciona. Es, pues, bien justa la idea, de que solo estos nombres bastarian para formar un gran vocabulario, inmensa totalidad por cada del una territorio de las sección. (97)

La población comprendida entre “el Río Bermejo, el Paraguay, los límites de Chiquitos y la cordilleras del oeste; es decir, en un territorio acaso igual á tres veces la provincia de Salta”, concluye Arenales, “tiene 60.000 habitantes”. Y, entre ellos, “los indios chiriguano que están en la cordillera que hay entre los llanos de Manzo y la ciudad de la Plata del Perú son un total de 103.239”. Me interesa remarcar la discordancia entre estos números (publicados en 1833 y probablemente diferentes de los de la década de 1870), y la versión oficial, según la cual los habitantes sobrevivientes en la región del Gran Chaco eran tribus pequeñas, nómades, a punto de desaparecer, casi al borde del mentado “vacío”. Recién una vez que ha derribado dos grandes mitos (las fantasías creadas por los primeros cronistas y la supuesta insignificancia de estas poblaciones), Arenales comenta –denuncia– las penurias de estos habitantes:

Considerando por otra parte las continuas y encarnizadas guerras con que se persiguen entre sí los bárbaros del Chaco; las epidémias que sufren (entre ellas la muy asoladora de la viruela); la falta de recursos para precaverlas ó curarlas, y los continuos desórdenes de una vida errante entre los bosques y pantanos; lejos de estrañar que el movimiento de la raza sea entre ellos estacionario, no debería haber dificultad considerarle decrecente, atendidas otras causas estrañas á su condicion pero permanentes desde muchos años atras, que han in fluido sensiblemente en una disminucion, que ya fué bien manifiesta al primer medio siglo de la conquista. (100)

Así es como este autor prepara el terreno para adentrarse de lleno en su denuncia de cómo eran tratadas estas poblaciones por los blancos. Transcribimos un extenso fragmento que describe claramente cómo operaban estas “perversidades” de los conquistadores sobre la población que, para la década de 1870, ya prácticamente estaría diezmada y podría, por tanto, ser recreada literariamente sin el acecho del peligro real:

De este jénero son las persecuciones igualmente bárbaras, que sufrieron estos habitantes de parte de los conquistadores. Las guerras de estos eran de un carácter mas asolador que cuantas aquellos habian conocido [...]. A los medios ordinarios de una guerra abierta de nacion á nacion, y á la superioridad de intelijencia, armas y recursos; los conquistadores agregaban en su favor la ventaja de formar alianzas con los vencidos, é instigar por este medio nuevas guerras y disensiones, siempre sangrientas entre los naturales. No se trataba solo de alejarlos ó quitarles la facultad de dañar; no se exigía solo la sumision y vasallaje segun aquellas reglas ordinarias, mas ó menos equitativas y humanas, [...] se les imponía la dura suerte de miserables esclavos, humillándolos hasta tratarlos como bestias, por los medios mas torpes y feroces.

Convenimos en que era in dispensable variar la condicion de estas jentes, aun cuando no sea mas que como un consiguiente necesario del hecho inherente a la conquista [...] civilizar estas hordas, atrayéndolas sagazmente á la vida social y laboriosa, hubiera sido un eminente

beneficio que toda su posteridad no sabría bien recompensar. Pero tomarlos á bala—arrebatarles sus tierras sin necesidad de ellas—perseguirlos sin misericordia—suscitarles conspiraciones entre sus compatriotas—igualarles en perfidia y mala fé, violando los pactos y promesas mas solemnes—forzarles á cambiar sus hábitos, sus costumbres y aun el suelo patrio, sobre la marcha y sin contradiccion—exigirles alternativa-mente un comportamiento culto y regular mientras comba-tían, y una perpétua sumision, aun mas degradante é insopor-table que de los brutos, cuando eran vencidos, es el comple-mento de la perversidad en materia de interés y del absurdo en materia de política. Así perecieron á millares unos; otros se alejaron á inmensas distancias hácia los lagos y cordilleras mas interiores, de modo que sus nombres no son hoy mas que fabulosos: los que no pasaron por esta cruel alternativa, quedaron firmes sobre el terreno, irreconciliables y decididos á una perpétua guerra, cuyo movil no fué tan solo el incentivo del robo, sino una sed de venganza y un instinto de conser-vacion propia, que solo podían ser satisfechos con el total exterminio de sus enemigos y opresores. (102)

En el texto de Castro Boedo, *Estudios sobre la navegabili-dad del Bermejo y colonización del Chaco*, escrito cuarenta años más tarde que el de Arenales, ya se ha perdido el tono de escándalo y horror ante los maltratos de los blancos hacia los indígenas: acaso porque el plan “civilizatorio” de exter-minio ya resulta más persuasivo y arraigado en las concien-cias de época, acaso porque la pulcritud retórica positivista (se planeaba el etnocidio desde el antiséptico discurso de “vaciar” las tierras) tapaba ante los ojos de la mayoría lo que verdaderamente pasaba. Hallamos, en cambio, —como en el programático Oroño y el resultadista Roca— la concep-ción del indio como el principal obstáculo del progreso. Sin embargo, la obra, que se pretende el primer manual sobre el Chaco, es mucho más que esto. Su propósito declarado es dar cuenta de “el cúmulo indeterminable de riquezas y pre-ciosidades que contiene, necesarias y ventajosas a conocer, no sólo por los hijos del país (...), sino por todos los demás del mundo” (7). El Gran Chaco es para Castro Boedo “un

país ignoto, acumulado de inmensa y variada riqueza, habitado desde siglos por un numeroso y desdichado pueblo de gentiles". Así, el propósito de su expedición (él es el doceavo explorador a la indómita región del Chaco), si bien es imperialista pues supone la dominación del indio, comparado con Oroño y Roca resulta humanitario: su misión es "ir a sembrar [la civilización] en aquellas selváticas y silenciosas regiones, en provecho de generaciones humanas fatalmente desheredadas de los derechos y bienes que con nosotros debieran poseer y gozar" (122). Lo mejor que puede pasarles a los indios es brindarse "al celo de los genios de la cristiana civilización, como un nuevo mundo de precioso porvenir para los hombres de toda nación" (121). Análogamente, lo mejor que puede pasarle a los blancos es incorporar como sirvientes a los indios.

En el capítulo II del libro V, titulado, "Carácter natural de los indios del Chaco", se lee:

La índole del indio del Chaco es mucho más dócil y predispuesta al bien que la del indio Pampa; ya es un hecho indiscutible que de un indio chaquino muy fácilmente se puede hacer un valiente y disciplinado soldado ó un aventajado peón para el más fuerte trabajo de sol o sombra, de tierra o de agua, a pie o a caballo, y en esto se prueba que su carácter natural se presta para hacer de ellos buenos y útiles ciudadanos (221).

El viaje tiene el objetivo explícito de lograr "la fácil y positiva navegación del Bermejo, el prolijo reconocimiento de las riquezas naturales del Chaco y sus mejores puntos para colonizar, la asequibilidad de las principales tolderías de los indios para someterse a una nueva y generosa civilización" (121). El vacío a llenar no serían ya las tierras sin los indios, como proponían Oroño y Roca, sino los indios mismos, presentados como adaptables al adoctrinamiento blanco. No habría, propone Castro Boedo con mente avanzada para su época, ninguna diferencia esencial entre el

alma blanca y el alma india, ninguna inferioridad de raza sino, por el contrario, el plus de que los indios son adaptables a cualquier sociedad:

En cuanto a instintos y sentimientos de amor, de odio, de alegría ó de tristeza, de mansedumbre ó de enojo, de agradecimiento ó ingratitud, de libertad ó servidumbre, son naturales en estas razas en mayor o menor grado de sensibilidad y actividad de lo que son comunes á todos los hombres, pero sin sistema fijo en manera alguna para sí ni para los extraños. (228)

Otro aspecto fundamental para Castro Boedo es el buen carácter de estos indios, su respeto hacia el blanco y reconocimiento de la superioridad. Sin embargo, es casi cómico la tensión entre la voluntad de Castro Boedo de asimilar pacíficamente a los indios y su ineludible actitud violenta:

obedecen con confianza y aman de veras entre todo, especialmente conmigo mismo que tantos bienes conseguí a favor de la alimentación y de la vida de nuestra tripulación, no sólo no nos ofendieron, sino que nos dieron ovejas, cabras y cuanto tenían, y además cuidaban toda la carga del vapor depositada en tierra muchas veces, a lo que indudablemente contribuían los cañones, pero mucho también mis encargos y súplicas de cuidado. (222-23).

Así, los estudios de Castro Boedo van apuntando a convencer al lector sobre las ventajas de adoptar a los indios como sirvientes de los blancos:

En las haciendas donde ellos se estacionan ó conchaban, mientras los varones se ocupan de sus tareas, las indias sirven para los acarréos de leña y de agua donde quiera que los llaman, como también en pelar maíz á mortero, y muchas veces en servir á la cocina, á la mano, y en otras mil tareas domésticas con que ganan para su sustento, el de sus hijos y deudos con economía y provecho para sus patrones. (228-29)

A diferencia de Oroño y Roca, que plantean como plan y como resultado respectivamente, la aniquilación del indio, los textos de Álvarez de Arenales y de Castro Boedo pueden pensarse como formaciones discursivas que empiezan a corroer la formación ideológica dominante en torno a la incuestionable superioridad blanca. Sus textos proponen algo ligeramente más humanitario para la época: no exterminar al indio sino incorporarlo, absorberlo como último escalón de la pirámide social.

Conclusiones

Los dos textos de Pelliza que aquí rescatamos pueden leerse o bien como alegatos de la postura discriminatoria de una dama de la élite hacia los indígenas (a quienes pretendía cristianizar y “adoptar” como sus sirvientes) o bien como una mirada enriquecedora y pluralista (armando serie, en este sentido, con voces denunciantes como las de Castro Boedo y, antes que él, Arenales) que muestra cierta fisura, da cierto aire fresco, a la postura pro-extermínio de figuras políticas como Roca y Oroño. Pero dos cosas resultan, creo, legítimas: ambas lecturas comportan un grado irreductible de incomodidad y, en ambos casos, los dos textos hablan en verdad –aunque lo hagan tras el velo de la temática amorosa– de la violencia que supone el cruce de la cultura blanca/cristiana (aunque esté representada por indígenas nobles y no por criollos, con en *La Chiriguana*) con la cultura india (sea calchaquí, chiriguana, toba o inca).

Esta ambivalencia o simultaneidad de sentidos (la oscilación de estas historias entre el pluralismo que reconoce y visibiliza al Otro y el afán de dominar a ese Otro) es análoga a ciertos dobles sentidos o polisemias que hallamos en el resto de la producción de esta escritora. Casi se podría afirmar que la ambivalencia es su marca más saliente, o el correlato textual de su colocación de enunciación por definición ambivalente: letrada pero mujer, de la élite pero en bancarrota, conservadora y tradicional (por católica) pero, a

la vez, y (también por su catolicismo) supuestamente aceptadora de “otros” cristianos. Sobre este péndulo escojo pensar la escritura de Pelliza de Sagasta, conviviendo también, desde mi posición de lectura, con la ambivalencia.

Ficción apologética de la violencia que puede ejercerse hacia el indígena, o bien una suerte de denuncia hacia la intolerancia por lo extranjero (desde el momento en que es la intolerancia de los chiriguanos hacia el inca el desencadenante de todo el conflicto) *La Chiriguana* sugiere en un momento cierta igualación de la cultura blanca con la indígena en su mirada crítica hacia una forma “legalizada” de violencia: las ejecuciones en la plaza pública y a vista de todos a los reos condenados a muerte:

Lo mismo en las tribus salvajes, que en los llanos de la pampa, que en los pueblos civilizados, que en las grandes ciudades, es repugnante el espectáculo que ofrece ese pueblo ávido, siempre curioso y dispuesto á presenciar una ejecución, con igual regocijo, con igual alegría que si fuera á presenciar una función teatral. El pueblo madruga, se atropella, sube, se revuelve, brama como una ola inmensa, invade la plaza de la ejecución y quieren disputarse el derecho salvaje de ver el espectáculo, (...) Y ese pueblo no se compone solo de hombres, no; allí se ven mujeres y niños, hasta lujosas damas en conocidos carruajes, como se vieron en la última ejecución que tuvo lugar en Buenos Aires, en la plaza chica, tras el cementerio de la Recoleta.

Pueden ser tan morbosos los indios chiriguanos como las damas de la Recoleta. Pueden ser tan piadosos y admirables Sora y Dalma como cualquier otra pareja de amantes. La ficción plantea que la mayoría de los indios (toda la tribu excepto Sora) son pasionales y violentos, intolerantes y moralmente inferiores a los blancos. Están locos y disgregados. Pero, en toda tribu hay algunos seres que, saliéndose de la media, son bellos, nobles, buenos, espiritualmente

ejemplares, “anexables” a nuestra sociedad en la cual, como se ve en los espectáculos de la pena de muerte, también hay violentos y morbosos.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Arenales, José. *Noticias históricas y descriptivas sobre el Gran país del Chaco y Río Bermejo, con observaciones relativas a un plan de navegación y colonización*. Buenos Aires: Imprenta de Hallet y Cía., 1833.
- Castro Boedo, Emilio. *Estudios sobre la navegación del Bermejo y colonización del Chaco*. Buenos Aires: Impr. lit. y fundición de tipos de la S.A., 1873.
- Pelliza de Sagasta, Josefina. *Margarita*. Buenos Aires: El Orden, 1875.
- . *La chiriguana*. Buenos Aires: Imprenta Santiago del Estero 176, 1877.
- . *Lirios silvestres: Álbum de poesías*. Buenos Aires: Imprenta del Porvenir, 1877.
- . *Canto Inmortal*. Buenos Aires: Imprenta Colón, 1881.
- . *El César*. Buenos Aires: Colón, 1882.
- . *Pasionarias*. Buenos Aires. Europea, 1888.
- Oroño, Nicasio. *Consideraciones sobre colonias y fronteras*. (1864). En línea: <http://documentslide.com/documents/consideraciones-sobre-fronteras-y-colonias-nicasio-orono-1.html>
- Roca, Julio A. Discurso ante el Honorable Congreso de la Nación, octubre de 1881. En línea: https://imagenes.educ.ar/repositorio/Download/file?file_id=ee374700-620c-40ca-b44f-c84efb88dddf

Revistas

La Alborada del Plata

La Alborada Literaria del Plata

El Álbum del hogar
La Ondina del Plata

Sobre Josefina Pelliza:

- Crespo, Natalia. “La Chiriguana de Josefina Pelliza: un melodrama eclesiástico”. *Revista de Literaturas Modernas* 43.1 (enero-junio 2013): 37-62. U.N. de Cuyo.
- . “La literatura como advertencia: tres novelas argentinas melodramáticas de 1850”. *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Languages*. Syracuse Univ. ISSN: 00397709. 68.4 (2014): 1-15.

Bibliografía general

- Auzá, Néstor Tomás. *Periodismo y feminismo en la Argentina. 1830-1930*. Bs.As.: Emecé, 1988.
- . *La literatura periodística porteña del siglo XIX. De Caseros a la Organización Nacional*. Bs.As.: Confluencia, 1999.
- Barrancos, Dora. “Inferioridad jurídica y encierro doméstico”. *Historia de las Mujeres en la Argentina*. T.I. Colonia y Siglo XIX. Dir. Fernanda Gil Lozano, Valeria Silvina Pita y María Gabriela Ini. 111-129. Bs. As.: Taurus, 2000.
- Bocco, Andrea. *Literatura y periodismo, 1830-1861: tensiones e interpretaciones en la conformación de la literatura argentina*. Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC, 2004.
- Brooks, Peter. Brooks, Peter. “La estética del asombro”. *El folletín y sus destinos. Migraciones y trasposiciones en los imaginarios culturales argentinos del siglo XX*. Ed. María Inés Laboranti. Trad. Estefanía Viglione. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2012. 153: 202.
- Cutolo, Vicente Osvaldo. *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*. 7 vols. Bs. As.: Elche, 1968-1985.

- Diccionario de la lengua española*. Real Academia Española. Edición del tricentenario. En línea: <http://dle.rae.es/?w=diccionario>.
- Featherson, Cristina; Martínez Robbio, Susana. *Autoras postergadas de la literatura femenina argentina: Josefina Pelliza de Sagasta y César Duayén*. Buenos Aires: Dunken, 2000.
- Fletcher, Lea. *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Feminaria, 1994.
- Frederick, Bonnie. (comp. e intr.). *La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del 80*. Buenos Aires: Feminaria, 1993.
- . *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Bs. As.: Feminaria, 1994.
- . *Wily Modesty. Argentine Women Writers, 1860-1910*. Arizona, EEUU: Center for Latin American Studies Press, 1997.
- Janik, Dieter (2000). "Periodismo y literatura: su alianza en la época de la Independencia bajo el signo de la Ilustración (Argentina, Chile, Colombia)." *Acta Literaria* 25. En línea: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=23702505>.
- Lichtblau, Myron I. *The Argentine Novel in the Nineteenth Century*. Nueva York: Hispanic Institute in the United States, 1959.
- Lojo, María Rosa. "Desafíos de representar al 'otro' en la literatura". *Revista N*, 20/10/2016.
- Masiello, Francine. *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 1992.
- . (comp. e introd.). *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Feminaria, 1994.
- . "Voces de(l) Plata: dinero, lenguaje y oficio literario en la literatura femenina de fin de siglo". *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Ed. Lea Fletcher. Buenos Aires: Feminaria, 1994. 38-46.

- Molina, Hebe. "La Alborada del Plata. Literatura. Artes. Ciencia. Teatro y Modas". *Historia de las revistas argentinas*. Buenos Aires: Asoc.Arg. de Editores de Revistas, 1999. T. XIII, 9-45.
- Ortiz Gambetta, Eugenia. "La leyenda aborigen en el sistema rioplatense del Siglo XIX". *Actas del XVIII Congreso Asociación Internacional de Hispanistas. Asociación Internacional de Hispanistas*. Buenos Aires, 2013.
- Pas, Hernán, 2012. "¿Ecos de Lautaro? Las lenguas indígenas como patrimonio cultural del nacionalismo criollo en el siglo XIX". *Anclajes* (dic.2012): 73-92.
- Pecheux, M. "Análisis del contenido y teoría del discurso". *Análisis Automático del Discurso*. París: Dunod, 1969.
- Porzecanski, Teresa. "Indios, africanos e inmigrantes europeos: la búsqueda del origen en los nuevos discursos del imaginario uruguayo". Catálogo de la exposición "Como el Uruguay no hay". Montevideo: MMJMB, 2000. (84-100).
- Porzecanski, T. "Ficción y fricción de la narrativa de imaginación escrita dentro de fronteras". *Represión, exilio y democracia: la cultura uruguaya*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1987.
- Ruiz, Elida. *Las escritoras (1840-1940): J.M. Gorriti. C. Duayen, M. Villarino y otras*. México: FCE, 1993.
- Sosa de Newton, Lily. *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1986.
- . "Cartas de lectoras en los periódicos del S. XIX". *Feminaria Literaria* 5.8 (1995): 2-4.
- . (comp.) *Narradoras argentinas (1852-1932)*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1995.
- . "Autobiografías, diarios, correspondencia y memorias de mujeres argentinas: Una bibliografía". *Feminaria Literaria* 6.10 (1996): 2-4.
- Torre, Claudia. *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.

- Viñas, David. *Indios, ejércitos y fronteras*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2012.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1988.
- Zó, Ramiro Esteban. "Funciones de la novela sentimental hispanoamericana durante el siglo XIX". *Cuadernos del CILHA*, 8.9 (2007):79-97.

Esta edición

Hemos optado por respetar la ortografía original de esta obra de 1877: además del valor documental en cuanto al castellano rioplatense de la época creemos que reproducir el texto tal cual fue publicado originalmente añade un encanto extra a la lectura contemporánea. Sólo hemos suprimido aquellos elementos que consideramos claramente errores de imprenta (tales como: signos de apertura para exclamaciones o interrogaciones sin sus correspondientes signos de cierre, repeticiones de palabras, erratas). Como ocurre en otros textos del siglo XIX (y en otras obras de esta autora), hallamos una gran oscilación ortográfica, sobre todo –pero no sólo– al nivel de la acentuación (aparecen indistintamente “joven” y “jóven”, “entónces” y “entonces”, “despues” y “después”, “porqué” y “por que”, e incluso hay oscilación en la acentuación del nombre de la protagonista: “Sóra” y “Sora”). Asimismo, la ortografía de ciertas palabras (“silvido”, “ojarasca”) y el género asignado a algunos sustantivos (“la azúcar”, “la aroma embriagadora”, “una ala”) difieren de nuestro uso lingüístico actual. Otros rasgos típicos de época son: la acentuación de la preposición “á” y del nexos disyuntivo “ó”, el uso común del pronombre cuasi reflejo acoplado al verbo reflexivo (“acercóse”, “cubrióle”, “púsose”), la recurrente anteposición del adjetivo al sustantivo (“abrilantados anillos”, “azuladas venas”), la ortografía con “g” de la conjugación del verbo “decir” (“digiste”, “digeron”), la sustitución de la “x” por la “s” (“esploradores”, “estremada”, “esportarán”) y ciertas variantes en la construcción de los adjetivos calificativos (“fraganciosa” por “fragante”, “hundoso” por “profundo”, “insimismada” por “ensimismada”). Incluso con estas diferencias, se trata de una prosa clara y perfectamente legible en el siglo XXI.

Prólogo original (1877)

Vivimos en una época en que se escribe con vertiginosa rapidez. Todos los días aparecen libros nuevos que el público lee con creciente interés.

Podría decirse que se produce porque se consume: la relación es perfectamente armónica. Ni una página escrita deja de tener su lector.

Esto pasa en el viejo mundo: las prensas europeas se agitan sin cesar y nunca terminan su tarea. No conocen el bostezo.

Pero entre nosotros, doloroso es decirlo, no sucede lo mismo.

¿Porqué?

Lo diremos. No es por falta de inteligencias capaces de perseguir lo Ideal con éxito feliz: se sabe que en América cada hombre es un talento.

Cada cerebro americano, es una mina, una mina inexplorada.

Se carece absolutamente de voluntad y nada se produce: de tarde en tarde apenas se ve brillar una que otra llamada en el templo de las letras, como si faltaran sacerdotes que removieran el fuego sagrado consagrado á lo Bello.

Falta vigor en el espíritu y entusiasmo en el corazón: uno y otro viven enfermos, aquel agujoneado por el desaliento que desgarrar sin piedad, este debilitado por la indiferencia, anémico á fuerza de no latir.

Dicen que no hay estímulo los que pudieran dirigir el movimiento literario en nuestro país. No lo creemos: también antes de fundarse LA ONDINA se decía que era imposible sostener un periódico de su carácter: tres años de existencia demuestran lo contrario.

Estas ideas vienen a nosotros a propósito de este volumen. Pensábamos al fundar LA ONDINA DEL PLATA trabajar arduosamente por el fomento de la literatura nacional y colombiana.

Sin descanso, hemos venido cumpliendo fielmente nuestro programa. Respondiendo a él, anunciábamos al empezar el año 77 que daríamos a fines del mismo un volumen de NOVELAS AMERICANAS.

Contábamos con el patriotismo de los escritores y creíamos posible la tarea. El tiempo nos ha desengañado. Pero algo hemos hecho sinembargo.

Tres literatos americanos han respondido a nuestro llamado. Los hemos enlasado por un vínculo estrecho: las páginas de un libro, de un libro modesto.

No perdemos la esperanza de que otra vez la obra será menos imperfecta.

Á los colaboradores de la presente, les agradecemos su eficaz concurso.

EL EDITOR.

Enero de 1878

La Chiriguana (1877)

(novela original)

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA

Es la tarde; el sol desciende perezosamente y su disco de fuego casi extinguido se refleja en el ocaso coloreando al cielo con el postrer destello de su agonizante luz. La selva, como adormida en esa hora misteriosa, llena de melancólica frescura, agita débilmente los espesos matorrales y las blancas cabezas de los plateados penachos.

Estamos á orillas del gran Chaco. El Bermejo con sus parduzcas é indefinidas ondas, rey grandioso de aquellas vírgenes tierras, se desliza sobre su cristalizado lecho, perfumando sus corrientes con las raíces aromáticas que se crían á su márgen.

La naturaleza enmudecida por lo imponente de la hora no la interrumpe un solo grito humano, el calor de aquel día ha sido sofocante y aquellas regiones abrasadas por un sol de fuego que quema con sus ardientes rayos hasta las arenas del desierto, parece que reviven al tibio beso del crepúsculo de la tarde, aunque silenciosas y marchitadas por la lucha anterior.

Cuando sobreviene la noche y rasgando el éter lanza sus rayos la luna sobre las abrasadas márgenes del Bermejo, alzan sus mústios cogollos las palmeras y las flores del aire, blancas y febles como una ala transparente de mariposa, desatan sus delicadas hojas, abren su corola perfumada y raudales de aroma embriagadora se mezclan á la brisa tibia de voluptuosidad; las aves no arrullan, llevan el pico entreabierto de calor y buscan saltando de rama en rama un sitio

fresco y perfumado, solo la feroz Ayará¹ de abrillantados anillos y distintas formas y colores se arrastra suavemente dejando su rastro impreso sobre la tostada arena, de cuando en cuando un silvido de finísima vibración entreabre sus fauces comprimidas, algunas veces busca su cueva que abandonára al medio día, otras se enrosca al tronco añoso de algún higueron y adherida á la corteza parece un tallo monstruoso de verdosa yedra.

El Bermejo hoy es navegable, la gran obra de canalización ha dado su resultado, vapores de regulares dimensiones cortan sus aguas; la explotación se acerca y muy en breve aquellas vírgenes comarcas serán el gran emporio dé la riqueza americana: los moradores de Oran y demas pueblos adyacentes exportarán sus caudales de riquísimos productos; la azúcar, el café, él tabaco, el arroz, el aguardiente y otros muchos puros y legítimos vegetales que hoy son realizados en Chile á un ínfimo precio; pronto, serán exportados á Buenos Aires donde los preferiremos á los que nos traen de Europa haciéndolos pagar á precios fabulosos sin que ellos sean tan ricos y puros cómo los que nosotros poseemos. El Bermejo es hoy navegable, recorren sus hermosas costas hasta la desembocadura del San Francisco (rio temible por sus soberbias corrientes) vapores exploradores como el “Edén”, el “Leguizamon” y otros; mas en la época en que nuestra historia sucedía, solo rizaban sus tranquilas ondas las quillas ligeras de pequeñas embarcaciones diestramente fabricadas por los indígenas Tobas, Matácos y Chiriguanos, distintas tribus de indios hoy mansos y de los que se emplean en la elaboración de azúcar en los ingenios y haciendas de Oran; aquellas canoas eran fabricadas con gruesos troncos de árbol que ellos aunque groseramente labran, dándola la forma regular de una pequeña lanchita.

¹ Ayará o “yarará” f. Arg., Bol., Par., Perú. Culebra venenosa que sobrepasa el metro de longitud y cuya coloración es parda, con manchas más oscuras que alternan sobre el dorso y los flancos (*Diccionario de la RAE*).

En la tarde de que hablamos, una ligera canoa de palmeras se deslizaba aguas abajo hácia el Chaco, impelida por la corriente, muy fuerte en las sinuosidades del río, era arrastrada como una débil caña, á veces se ocultaba por completo y luego confundida con las espumas volvía á reaparecer cruzando con rapidez sobre los bancos y los remansos. Un jóven indio esbelto y vigoroso manejaba la embarcación; no llevaba vestido, estaba casi desnudo, y solo le cubría de la cintura al muslo una manta pequeña de vivos colores tejida con hilo de cáñamo y hojas de timbó, su crespo y grueso cabello lo sujetaba rodeando la cabeza á la altura de la frente una especie de cinto matizado con plumas blancas y azules; aquella vestidura era extraña pero se armonizaba perfectamente con la hermosura salvaje del indio: era alto, de formas hercúleas, sin ser grueso, la tez dorada, los ojos negros rasgados, y de expresión fiera y decidida; un bozo negro y brillante adornaba su boca gruesa y de encendido color, tenia la nariz recta y algo dilatada en las inspiraciones, su frente ancha y bronceada era altiva, sañuda y ligeramente contraída en el seño, las azuladas venas de sus brazos y pecho, se transparentaban á través de la fina epidermis como se transparentan los nácares en el fondo de los estanques. Dalma era valiente, hermoso y su sangre pura, no era cacique, no pertenecía á las tribus del Chaco, su nobleza le había sido legada por sus antepasados, de una raza antigua y guerrera, era Inca.

Sentado, ó mejor dicho, reclinado en el fondo de la pequeña embarcación, su pensamiento se adormecía en una dulce contemplación, sus mejillas varoniles se sonrosaban suavemente y sus pestañas aterciopeladas se unían al entornarse sus ojos mientras la brisa de la tarde jugueteaba con sus negros risos; parecía adormecido en un éxtasis divino.—¡Sora!—dijo de pronto con acento puro español; ¡Sora me espera!—en aquel momento la canoa detenida entre las redes de un matorral acuático dio una violenta sacudida y el indio vuelto en sí de su inefable arrobamiento se incorporó perezosamente, cogió el remo y dándole un

violento impulso con sus vigorosas manos cortó las entretejas raíces volviendo á deslizarse la canoa como un cisne entre las aguas. Algún tiempo despues el indio púsose de pié, atracó á la costa y saltando ágil y ligero como un corso se alejó internándose en la isla, no sin haber antes amarrado su esquite á la raíz de un sarandí; á medida que avanzaba su paso se hacia mas corto, casi no se sentía, ni el gemido de la ojarasca seca percibíase; tal era lo leve de su pisada: andaba de prisa pero con estremada precaución cual si temiera ser sentido; su mirada recelosa, escudriñaba persistente el seno de cada matorral, de tiempo en tiempo se detenía, parecía escuchar, luego aplicaba el oído á la tierra y alzándose en seguida volvía á andar con mas apresuramiento, á unas cien varas dé la costa se paró, un cerco formado con laureles cubierto de sus rosadas flores, cerrábale el paso, pero era allí sin duda el término de su jornada porque entreabriendo las ramas brillaron sus ojos buscando con avidez dentro del cercado, al propio tiempo llevó su mano á la boca y con admirable semejanza imitó el triste canto del urú -y luego casi tendido sobre la yerba esperó ansioso. Un eco dulce y cadencioso, el canto de una ave ó la voz de una mujer llegó hasta el indio, su rostro se encendió, sus ojos se iluminaron con un reflejo inefable y lanzándose á la carrera penetró al cercado, acercóse á una choza de mimbres y palmeras casi oculta entre los árboles y sus ojos y su corazon ansioso bien pronto descubrieron lo que buscaban.

Bajo un gran árbol de frondosa copa y caprichoso tronco, cuyas hojas semejantes á las del plátano, prestaban una sombra y fresca deliciosa se veía una estera de juncos en forma de hamaca, en cuyo interior perezosamente recostada se adormía arrullada por los murmullos de las auras de la tarde una jóven indígena de peregrina belleza; aquella jóven india era Sora, el sueño puro y de Dalma: un manto blanco,

especie de tipóy², cubría en parte sus hechiceras formas, dejando descubiertos sus brazos, el nacimiento de su seno, sus formas, como su rostro tenían ese color nítido, y transparente que sin ser blanco constituye un encanto irresistible que solo las razas indígenas poseen, sus ojos grandes, negros y enardecidos, con una expresión de apasionada ternura, eran rasgados y húmedos como un rayo de luz á través del rocío de la aurora, tenía la boca pequeña, fina y delicada, tan encendida como una flor de granado, el cabello abundoso, negro y desenvuelto, cubríale en parte las desnudas formas semejantes á un tipóy de luto; aquella hermosa cabeza parecía rodeada de un destello azulado que la envolvía en un círculo luminoso producido sin duda por la negrura intensa de su cabello. Sora, la india Chiriguana, era bella como una huri³ del séptimo cielo!

—¡Sora! ¡Sora mia!—dijo el indio prosternado ante la hermosa joven,—aquí está tu esclavo.

² El *tipoy* es una especie de vestido holgado, muy colorido y comúnmente de seda, usado por las mujeres guaraníes. Las versiones respecto de su origen varían: según algunas fuentes, se trata de una prenda de las Islas Canarias, traída a América por los conquistadores españoles. Otras versiones proponen un origen americano, como la siguiente descripción de la vestimenta típica de los guaraníes: "Las mujeres cubrían su sexo con una prenda mínima, de corte triangular, realizada en plumas de aves, y que denominaban "tanga". Sin embargo, a la llegada de los españoles las mujeres guaraní cambiaron la tanga por el tipoy, suerte de túnica hecha de algodón que cubría el cuerpo desde los hombros hasta las rodillas, tenía abertura para la cabeza y los brazos y carecía de mangas". Acompañaban al tipoy una serie de adornos accesorios: "Plumas en los brazos, cabeza y tobillos; pinturas y tatuajes; collares de semillas, calabazas, hueso o plumas (...), adornos de oro y plata en la cabeza y en las orejas. El tembetá, objeto de formas y materiales diversos se colocaba en el labio inferior de los varones. No usaban calzado alguno, andaban descalzos...". En: <http://telpineduca.telpin.com.ar/Proyectos/2004/guaranies/>.

³ Huri.s. f. Del fr. *houri*, este del persa *huri*, y este del ár. clás. *hūr* [al'ayn] 'las que tienen hermosos ojos por el contraste en ellos del blanco y negro'. (*Diccionario de la RAE*). Cada una de las mujeres creadas, según los musulmanes, para compañeras de los bienaventurados en el paraíso. En la religión islámica, mujer de gran belleza que habita en el paraíso que hay después de la muerte y recompensa a los hombres que han sido buenos creyentes conplaceres sensuales. (En línea: <http://es.thefreedictionary.com>).

—¡Dalma!—exclamó esta incorporándose,—por qué vienes tan tarde? tú Sora, has llorado? tú, Sora, has llorado—
Mi Sora ha llorado! ¿y por qué?

—Porque ha pensado que Dalma la olvidaba.

—¡Olvidarte!! por el gran Pachacamac⁴, luz de mis ojos; no sabes tú que Dalma no te olvidará jamás? que tú eres la blanca estrella de su destino.—La joven se sonrió con orgullo, asíó por una mano á Dalma y descendiendo de la estera.—Ven, le dijo, atrayéndolo hácia el pié del gran árbol.

—Siéntate á mi lado, tengo mucho que decirte.

—¡Oh! yo también, pero antes quiero mirarme en tus negros ojos, quiero aspirar el ámbar de tu puro aliento mas rico y fragancioso que la flor virgen.

Dos lágrimas abrigaron la negra pupila de la india.

—¡Te amo rey mio!—murmuró dulcemente; —pero el grande espíritu se opone á que sea tu esposa.

Dalma se estremeció; una palidez mortal cubrió sus tostadas mejillas.

—¿Qué digiste?—articuló.

4 Pachacamac es la divinidad masculina quechua que representa el cielo (que, junto con la divinidad femenina de la tierra, la Pachamama, simbolizan la armonía del universo). Existe una leyenda que explica el nombre de la isla Pachacamac en Perú: Cavillaca era una hermosa doncella deseada por todos los hombres de su tribu. Dentro de sus pretendientes rechazados, se hallaba un maléfico ser, mitad dios mitad demonio, llamado Kon Iraya. Cavillaca sentía temor hacia este siniestro pretendiente, quien apeló a la magia para satisfacer su pasión: se convirtió en pájaro, subió a la copa de un lúcumo, introdujo su semen en un fruto que dejó caer, tentando a la bella doncella. Nueve meses después de la ingesta, Cavillaca dio a luz, siendo doncella todavía, a un bello niño, a quien cría sin saber quién podía ser el padre. Transcurrido un año, la doncella madre convoca a todos los hombres para averiguar sobre la paternidad de su hijo. Asisten todos los Huacas con sus mejores trajes, incluyendo a Kon Iraya. Reunidos todos, la doncella pregunta quién es el padre del niño. Ninguno responde. Entonces, deja que su hijo reconozca por sí mismo a su padre. El niño observa a todos los Huacas, y se dirige hacia Kon Iraya, se trepa rápidamente encima de él. La bella Cavillaca, desesperada al ver que su hijo había reconocido al siniestro personaje como padre, huye con el niño hacia el mar. Al saber que era perseguida por Kon Iraya decide meterse al mar. Tanto ella como su hijo se transforman en islas (la actual isla peruana de Pachacamac y el pequeño islote a su lado). Extraído de <http://www.peruecologico.com.pe/mito.htm>.

—Digo, que no seré tu esposa, porque el grande espíritu se opone á esa unión.

—¿Qué no serás mi esposa!

—¡No!

—¿Y tú dices que amas á Dalma, Sora?

—Sí, lo amo mas que á mi vida, y para probarle mi amor daría toda la sangre de mis venas, pero hay una voluntad superior, que revelada por la boca de un anciano me ordena que te olvide, que huya, por que tu amor traerá espantosos desastres á la tribu y hasta me ordena, que antes dé ser del hijo del sol me parta el corazon.

Dalma alzó su frente con orgullo, la sangre generosa de sus antepasados subió en torbellinos hasta su cabeza; las palabras de Sora le habían herido en mitad del corazon.

—El Inca es noble —dijo con arrogancia— el Inca te ama pero tú prefieres á los hijos de tu tribu; mira Sóra, tú eres la virgen mas hermosa y pura que han visto mis ojos, las mujeres de mi pais no son tan bellas como lo eres tú, los soles de la noche se ocultan avergonzados cuando la brisa orea tu frente, las flores se inclinan cuando se yergue tu gallardo talle mas leve que las flexibles palmeras de la selva, cuando se mueven tus labios Sora, tu voz es una música del cielo, cuando me envuelves en la luz de tu mirada desfallezco de amor y sus destellos enardecidos como los rayos del sol de tu patria empalidecen á la luna que te mira con envidia, yo te amo Sora, y la atracción de tu recuerdo conduce á Dalma hasta tus piés; pero Dalma no verá mas tus encantos, Dalma no es amado por su reina, Dalma no te volverá á ver, adiós Sora, el inca no traerá desastres á tu tribu, adiós para siempre.

Sora no se movió.

—¡Adiós!—repitió Dalma alejándose con los ojos bañados en lágrimas.

Entónces la jóven se puso de pié, dió un grito supremo y corriendo hácia su amante lo enlazó por el cuello con ambos brazos, su boca inocente, ávida, buscó por vez

primera y como una revelación del sentimiento de su alma la boca del indio; en aquel beso desesperado se transmitieron sus almas.

—¡Sora!—balbuceó Dalma.

—¡Dalma!—repitió Sora.

—¿Me olvidarás amada mía?

—Antes me revelaré contra el que me mandare semejante crimen.

—¿Y el gran Pachácamac?

—¡Oh! qué importa, por tu amor prefiero que mi alma vague maldita en la soledad de los bosques.

—Huyamos, Sora de mi alma, huyamos y lejos de tu tribu seremos felices en una choza solitaria que yo tejeré para guardarte á tí; ¡oh! ven reina del sol y de mi vida, ven, mi esquife está cerca, yo te llevaré en mis brazos, no perdamos tiempo.

Sora vaciló, el acento insinuante de Dalma arrulló por un instante su pensamiento y sin poder rechazar el encanto, sentía ya vencer su voluntad debilitada por el amor, cuando el sonido bien conocido para ella de una flecha voladora cruzó silvando sobre la cabeza de su amante, y en el mismo instante como brotados de la selva aparecieron grupos de indígenas armados de flechas y voleadoras de piedras.

—¡Huye!—gritó Sora pálida y aterrada —huye Dalma mio.

El jóven se sonrió con desprecio.

—El Inca no huye —dijo— el Inca muere como los valientes y no se rinde jamás ante una tribu salvaje.

Los indios en tanto con las flechas levantadas las alzaban en actitud de lanzarlas, cuando Sora abriendo sus brazos y cubriendo con ellos el cuerpo del Inca, volvió á los indígenas el rostro serenado por un esfuerzo supremo, y en un extraño lenguaje, quizá guaraní, y el que Dalma no comprendió, les dijo algunas palabras acompañadas de gestos y ademanes. Los indígenas se prosternaron bajando las flechas, hundieron el rostro entre la yerba mientras que el mas anciano de ellos les decia:

–Hermanos, Sora nos ordena que respetemos al extranjero.

La mirada feroz y dilatada de los indios cayó sobre Dalma como una amenaza de muerte, pero al mismo tiempo, con voz sumisa y muestras de respeto, dijeron todos á una voz poniéndose en pié: –Sora manda, que así sea.

Y huyeron todos en tropel.

–Vamos –dijo Dalma, enlazando con su brazo la breve cintura de su amada– vamos Sora.

La jóven se hizo atras.

–No puedo –exclamó con energía– tengo un padre anciano á quien no debo abandonar, seria una infame, no, jamás; huye Dalma mío, no puedo seguirte.

–Adiós –balbuceó Dalma con profundo desaliento sin insistir ya –piensa en mí–agregó–y cuando el sol haya dado tres veces su carrera en los cielos espérame, adiós.

–Adiós –murmuró en su oído Sora con acento lúgubre apartándose, y luego deteniéndose en la orilla del Bermejo donde quizá temia una traición de los indios, quedóse largo rato con los ojos fijos en el esquife en cuyo centro de pié empuñando el remo se percibía á la luz indecisa de la oracion, la figura atlética de Dalma, mas de una vez, diciendo adiós á su amado agitó con fuerza en el aire una enorme hoja de palmera, que el Inca percibió contestando al saludo con su turbante de plumas.

Sora se alejó de la orilla. –Adiós para siempre– repitió llorando –yo no te veré mas, Dalma, Dalma mío, te he perdido, y la jóven volviendo siempre el rostro bañado de llanto hácia un punto oscuro que se percibía entre las vueltas del hundoso rio, se dirigió al cercado, llegó á su estera y volvió á tenderse en ella pensando en Dalma.

II

EL FALLO DE LA LOCA

Era la media noche.

La luna clara y argentada aparecía por intervalos rasgando los agrupados nubarrones que decoraban el cielo, su luz como un rocío bienhechor inundaba por instantes la selva y á su reflejo se veía en los lindes de un espeso bosquecillo una rústica choza de palmera acabada con hojas de Yatay, y á su puerta sentados en círculo sobre gruesos troncos de árbol algunos indios todos respetuosos con muestras de gran sumisión.

Á algunos pasos de distancia y en opuesta dirección estaba Sora amarrada por el talle al tronco gigantesco de una palmera añosa, tenía el rostro pálido, el cabello suelto cubriendo con él las delicadas formas que el tipo dejaba descubiertas, los ojos bañados en lágrimas silenciosas y las manos unidas sobre el seno con actitud ferviente y resignada. El mas anciano de los indios se puso de pié

–Yancatríz –dijo, dirigiéndose á un cacique anciano pálido y contraído– tu hija Sora, nuestra hermana, es culpable, ha perjurado las leyes inviolables de nuestra tribu.

Yancatríz inclinó la cabeza sin replicar.

–Hermanos –volvió á decir el jefe indio– Sora, la mas hermosa virgen chiriguana, ha pisoteado á su antojo nuestra ley, ha amado á un extranjero, al hijo del sol.

–Su nombre –digeron todos á una voz.

–¡Dalma!

–Tu prueba –exclamó Yancatríz pálido como un cadáver.

–Nuestros hombres la han sorprendido ayer á la puerta de tu misma choza, sus flechas debieron enterrarse todas en el corazón del traidor, pero Sora mintiendo le salvó la vida, tu hija es criminal.

Yancatriz se puso de pié, quiso hablar pero no pudo.

–Si el hermano duda –dijo el indio que ántes hablara– veinte hombres hay de testigos, interróguelos.

–No quiero tus testigos –dijo el cacique crispado por una desesperación infinita –mi hija no sabe mentir, á ella se lo preguntaré.

–Ella no te dirá verdad.

Yancatriz se sonrió con desprecio.

–Sora, hija mia –dijo dulcemente aproximándose á la jóven– es cierto lo que mis hermanos dicen, que ayer nuestros hombres te han sorprendido con el hijo del sol?

–Cierto, padre, yo he mentido para salvarlo de una muerte segura, los feroces Tobas respetaron mi voz creyendo mi palabra y yo fui feliz salvando á mi amado.

Yancatriz se dejó caer exánime, su desgraciada hija estaba convicta y confesa.

–Ya lo vez –exclamó el jefe anciano –ella lo declara.

–Nos llama feroces dijeron algunas voces.

–¡Que muera!

–Sí; que muera –repitió el indio jefe, su castigo será ejemplar, es la única mujer de nuestra tribu que ha olvidado nuestras leyes y amado á un extranjero, ha faltado y va á morir.

El anciano tomó una fina varita de madera negra, dura como una ballena y golpeó con ella en una enorme piedra que descansaba á su lado, un eco plañidero, una vibración finísima pobló la selva, cual si fuera el tañido de una campana de oro, pasaron algunos momentos, el ruido que producen las ramas al apartarse y al mismo tiempo el paso de una persona al cruzar sobre la maleza, se dejó oír.

Una mujer apareció, llegóse al árbol en que estaba amarrada Sora y parándose ante ella, miróla con feroz complacencia, luego avanzó, y se detuvo ante el consejo.

–¡Es la hija de Yancatriz! –dijo.

–Sí –contestó el indio– es mi hija; ¿qué quieres?

–Que muera.

–Y morirá –dijeron todos á una voz.

–Cuando? –interrumpió el jefe.

–Mañana cuando haya terminado el sol su carrera, cuando su último rayo se haya ocultado en las nubes, Sora arderá en la pira como ardió tu hija en la choza.... y Farú con la mirada dilatada y fosforecente se volvió á Yancatríz, quedóse un instante insimismada y luego una risa satánica de horrible complacencia contrajo su hundida boca.

–Yancatríz –dijo al indio convulsivo de odio y de dolor– Sora es tu hija, la hija de la cristiana.

Sora ha sido perjura á las leyes de la tribu, el inca la ha hechizado, debe morir.

El indio habíase cubierto el rostro con ambas manos y gruesas lágrimas corrieron de sus ojos.

--¿El hermano se opone al fallo de la sabia Farú? –dijo el jefe interrogando al infeliz padre.

–No –dijo este –cúmplase la voluntad del grande espíritu, pero Yancatríz quiere morir con su hija.

–¿Que dice mi hermana? –preguntó el jefe á Farú.

La loca llevóse el dedo á la frente, pensó un instante y luego con diabólica complacencia dictó.

–No, él vivirá, así me lo ordena el grande espíritu, cúmplase mi voluntad dice y se cumplirá. Sora tiene que morir y morirá sola, quemada y arderá entre las llamas como ardió mi Lila, Yancatríz tendrá que sufrir como sufrió Farú –y la loca perdiendo por completo la lucidez anterior– las llamas –dijo– el fuego, la choza, te acuerdas? si como mi hija arderá tu hija, como sufrió Farú sufrirás tú –y lanzando una carcajada hueca que repitieron los ecos se alejó perdiéndose confundida entre la niebla.

Diremos algo de Farú, aquella mujer era considerada entre las salvajes tribus del Chaco como una especie de sacerdotiza iluminada por el grande espíritu y sus palabras muchas veces dictadas por la demencia eran para los indios la palabra de Dios. En sus primeros años debió ser hermosa, pues conservaba vestigios de una antigua belleza

evaporada por el tiempo y la demencia. En sus grandes ojos de intenso negro lucia con frecuencia un rayo de insaciable malignidad.

—La historia de Farú era mas bien una tragedia espantosa con todos sus detalles y de lo que apenas narraremos algunos episodios que se relacionan con lo que aquí escribimos.

Farú era hija de un gefe Chiriguano, indio prestigioso y respetado; á los diez y siete años, la jóven india amó con toda su alma á Yancatríz, cacique Toba, valiente y querido por las tribus vecinas, sobre todo por Imácue, padre de Farú; lá jóven fué esposa de Yancatríz y este que solo amaba en ella la pureza de sus encantos, se hastió bien pronto de ella así que la hizo suya, algún tiempo despues Yancatríz, en sus largas correrías por las costas paraguayas, cautivó á una jóven cristiana y despreció por completo á su esposa que lo amaba tiernamente. La bella Farú comenzó á odiar á Nina, pero madre de una hermosa niña, fruto de amor en un año de matrimonio, se resignó á sufrir por esa ternura que hasta en la mujer salvaje se dispierta cuando es madre. Farú era esclava de la cristiana, esto es de la amante de su esposo y si se hubiera resistido, Yancatríz la hubiera muerto en el acto. Farú sufría todo género de atrocidades esperando con fé en el término de sus dolores. Una tarde fatigada y llorosa regresaba sola á su choza, cuando el olor acre de la yerba seca quemada trajo hasta ella, el viento de la tarde, buscó con la mirada y sus ojos descubrieron un resplandor rojizo que se alzaba sobre la selva subiendo hasta las nubes en negras columnas de humo; Farú apretó el paso, de pronto arrojó un agudo grito.

—Es mi choza —dijo y como un rayo se lanzó á la carrera en dirección al incendio.

La infeliz llegó jadeante, vió arder su choza y solo un grito de espantosa desesperación se exhaló de su pecho.

—Yancatríz, salva á nuestra hija.

Pero el criminal de pié, á la luz rojiza de las colosales llamas, se sonrió cual si aquel grito de supremo dolor complaciese su alma.

–Yancatríz –volvió á gritar sacudiéndole el brazo, salva á nuestra hija.

El mismo silencio respondió á la infeliz madre, entonces precipitándose entre las llamas.

–¡Maldito seas entrañas de jaguar! –dijo y desapareció en un torbellino de fuego, dos veces se oyó un grito desesperado que repetía: ¡Mi hija!, ¡mi hija! Despues nada, un silencio fúnebre, solo interrumpido por el chisporroteo del fuego.

Yancatríz con la cristiana asida de la mano, sañado, impasible miraba el centro de la encendida pira, creyendo percibir el rostro de su víctima contraído por una agonía espantosa. De pronto una carcajada histérica dominó el horror de aquel cuadro horrible.

Farú con la larga cabellera destrenzada y ardiendo en partes, con el cútis quemado, horriblemente fruncido, se lanzó puñal en mano sobre la cristiana cautiva y dando con ella en tierra la oprimió convulsiva en sus brazos.

–Muere perra infiel –dijo y enterró en el corazon de Nina el puñal hasta el mango. Yáncatríz arrojó un agudo grito, se precipitó sobre el horrible grupo, pero ya era tarde. La loca ébria por el odio y enardecida por el insoportable dolor de sus heridas, dejó á la cristiana ya cadáver y se precipitó hácia el indio estático ante el cadáver de Nina.

–Tú también –dijo, sacudiendo su larga cabellera enrojecida con la sangre de su rival. –Tú también, muere –y tomando al indio con sus brazos lucharon ambos un segundo, por fin cayeron en tierra, revolcáronse un instante mas, en un pugilato repugnante, pero la madre loca prestándole una fuerza superior, el deseo de la venganza y la desesperación infinita de que estaba poseida, venció: acertóle una feroz cuchillada al indio, sofocado ya por la presión de una

mano de Farú que oprimía su garganta y arrojando un grito de dolor llevóse las manos al costado izquierdo donde Farú lo hiriera: esta se alzó.

—Malditos sean por una eternidad —dijo, y dando con el pié á ambos cadáveres, desapareció de allí presa de un estravio delirante, mientras que entonaba con voz lúgubre y tristísima un arrullo interminable entremezclando á sus notas el nombre de su hija, Lila.

Sabido es, que entre todos los indios del mundo, los locos les inspiran un respeto soberano y en aquellas tribus salvajes Farú ya poseída de frenéticos accesos, ya en frecuentes y lucidos momentos fué mirada con supersticioso terror, la creían enviada del cielo y que el grande espíritu dictaba sus palabras. Los jefes en sus consejos como en las guerras consultaban á Farú y ella decidía, aplicando el fallo, como en el caso de Sora.

Farú, pues, era una especie de sacerdotiza divina, cuya profética palabra dictada muchas veces por un raptó de demencia, era escuchada con fanatismo por los indios siempre dispuesto á creer lo sobrenatural, lo maravilloso; su palabra iluminaba el porvenir y predicando el destino de los pueblos era el ídolo de las tribus.

Fáltanos decir que Yancatriz milagrosamente salvado fué restituido, á la vida despues de la herida mortal que le infiriera la loca.

III

REVELACION

Ha amanecido un día triste y nublado. La niebla evaporándose de los profundos valles cubre la virgen selva como un sudario colosal.

Es el día del suplicio, y Sora, la hermosa india, vá á ser pasto de las llamas. La naturaleza entera parece resistirse á tan bárbaro espectáculo y casi inanimada ha enmudecido en sus mas dulces armonías. El sol ocultando sus rayos de oro envuelve á la selva en raudales de blanquísimos vapores, menos blancos sin embargo que el alma casta y purísima de Sora. Las palmeras, esos árboles tan poéticos y bellos que cruzan sobre la márgen del Bermejo, exhalaban al suave balance dé la brisa un quejido débil, pero perceptible como una voz humana; las aves callaban asustadas con la fúnebre tristeza de aquel dia fatal y hasta las ondas del gran rio parecían murmurar lamentos, voces extrañas que envueltas en cada ola vibraban al chocar sobres las piedras de la orilla un nombre querido que Dalma repitió mil veces y que las ondas y las selvas lo aprendieron.

Sentado sobre un monton de afiladas piedras se veia á Yáncatríz, no lloraba, pero sus ojos lucian con una mirada que podia muy bien confundirse con un principio de demencia.

Estaba pálido, contraído y volviendo con frecuencia la cabeza hácia atrás parecía esperar algo.

La hojarasca sonó de pronto, se entreabrieron las ramas y un hombre apareció; era Dalma, Dalma mas hermoso que nunca, con la risada melena á la espalda, la boca contraída y la mirada inflamada de una luz fosfórica, transfigurado, sublime en su dolor.

Llegóse al indio y deteniéndose ante él interrógolo con la mirada y la palabra.

—¿Cuándo arderá la pira?—dijo.

—Cuándo el sol se haya ocultado en el cielo —murmuró Yáncatríz enjugando sus lágrimas.

—Sora, luz de mis ojos —esclamó Dalma prosternándose un instante mientras que elevaba su mirada al cielo —yo te salvaré, pero si fuera tarde —agregó alzándose con las manos crispadas por el furor —si la pira ardiera y mi amor

te perdiera para siempre: ¡ay de la tribu!, ¡ay de sus hombres! Dalma se vengará –y el Inca volviéndose se internó dé nuevo en la selva.

Yancatríz quedó abismado, luego juntando las secas manos sobre el pecho.

–¡Que el grande espíritu te ilumine –dijo, y dejó caer la cabeza con profundo desaliento.

–Yáncatríz –murmuró á su oído una voz hueca.

El indio receloso se volvió.

–¡Farú!! –murmuró poniéndose de pié.

–¿Y de qué te asombras, no me has llamado?

–Sí.

–¿Qué quieres?

–Que salves á Sora.

Farú lanzó una carcajada, sus ojos despidieron llamas y lívida por la pasión de un odio implacable.

–¡Salvarla! –repitió– ¡salvarla, cuando la aborresco, cuando ella es mi venganza!

–Mira, Yáncatríz, si el suplicio de Sora pudiera trocarse, yo inventaría otro mayor; ¿sabes que haría? la encerraría en la cueva de los jaguares para que la devoraran viva.

–¡Fiera! –gritó el infeliz padre horrorizado– tú eres peor que los tigres.

La loca se sonrió con feroz complacencia. –¡Cuánto la ama! –se dijo mirando el dolor del indio.

Yáncatríz alzó la cabeza, dio un paso hácia Farú.

–Si tú supierais quien es Sora, esa inocente niña que tanto martirizas y que vas á sacrificar.

Farú no lo dejó concluir.

–¡Si yo supiera! –dijo– y que créis tú acaso insensato que Farú no sabe todo lo que quiere saber?

–No perdámos tiempo, tengo que revelarte un gran secreto, no pongo en duda el don de adivinación que té atribuye la tribu pero algo se ha ocultado á tu divina ciencia.

–Habla y concluye pronto, es tarde y no quiero que arda la pira sin estar yo allí.

–Sora no irá á la pira.

–¿Qué dices?

–Qué tú salvarás á Sora.

–¿Qué dice este hombre? –volvió á repetir Farú sin comprender á Yáncatríz.

–Digo –balbuceó el indio con la voz entrecortada por la emocion– que Sora es tu hija, es nuestra hija, es Lila.

–¡Mientes! –gritó la india con la mirada estraviada –mientes, tú mataste á mi Lila, yo no tengo hija, tú la abrazaste entre las llamas de la choza: ¿te acuerdas cómo ardió mi Lila, mi rosa blanca? pues semejante á entonces la hija de la cristiana, Nina, arderá hoy en la pira, yo misma le empujaré á las llamas, y Farú reirá de su agonía, Farú odia á Yáncatríz y á Sora.

–Escúchame –dijo Yáncatríz– yo no te engañaré, que el grande espíritu maldiga y condene á su esclavo si no te dice la verdad –y el indio cayendo de rodillas se tendió boca abajo sobre la arena, hizo algunos signos misteriosos que Farú sin duda comprendió, porque como dominada por algo supremo, solemne, infinito.

–Habla –dijo– los hombres de tu tribu no juran en vano.

La voz de Yancatríz visiblemente conmovida de emocion balbuceó:

–Sora es tu hija, yo la saqué de las llamas antes que tu llegaras al incendio, la cristiana jamás me dio hijos. Sora ó Lila es tu hija es un pedazo de tus mismas entrañas, Farú tú eres su madre, Farú no seas parricida.

El anciano cacique se desplomó; las fuerzas agotadas por efecto de la revelación que acababa de hacer se enervaron por completo, abrió los brazos y cayó inerte sobre la seca yerba, Farú dió un grito convulsivo y con los ojos fuera de las órbitas, presa de un extravío horrible se inclinó sobre el indio desmayado, sacó de su cintura un afilado puñal.

–Si has mentido –dijo– tus ojos no verán la luz del nuevo sol y si has dicho verdad que el grande espíritu condene á Farú –y la loca infeliz, ebria de un odio insaciable atravezó de un solo golpe el corazon ya agonizante de Yáncatríz.

IV

EL SUPLICIO

—¡Oh!, ¡que cambiada está Sora! La luna es menos pálida que sus mejillas, que su frente blanca y nítida como la hoja perfumada del azahar, la intensa pupila de sus negros ojos se apaga por intervalos, cómo la luz de esas antorchas fátuas que fabrican los indígenas con maderas resinosas y que se apagan y se encienden según las oscilaciones que les imprime el viento de la noche. Los negros ojos de Sora semejantes á esas teas fantásticas se apagan y luego se abri-lantan, lanzan un destello divino producido por el recuerdo fanático de Dalma.

Está tranquila, una resignación incomprensible se nota esparcida en su rostro y en una sonrisa de inefable bienestar y dicha, entreabre sus labios empalidecidos por la pena mortal. Una cuerda de lana enlazada á su delicado talle la amarra, anudada al tronco de una enorme palmera. Cíñele la cintura hasta la rodilla una manta blanca y tupida. La abundosa cabellera, como un negro girón de la noche, des-ciende de su cabeza en azulados espirales por sus hombros y su seno descubierto, envolviéndola como en un ancho man-to de crespón, está tan bella, tan pura é interesante en medio de su sublime sacrificio de su inmenso dolor, que los indios que la custodian vuelven el rostro sin mirarla horrorizados del suplicio á que esta condenada. La joven alza de vez en cuando sus ojos al cielo, piensa en Dalma y en Dios.

Sora no habia sido bautizada, pero sus creencias y sus aspiraciones eran de cristiana, su amante habíala iniciado en los misterios de la religión católica y ella habia escuchado con fé aquella santa doctrina, habia acatado sus preceptos y en el supremo instante de su vida esperaba confiada la resurreccion de su alma en otro mundo mejor. El alma casta de Sora parecía desprenderse y convertida

en blanca emanación circundar su cabeza prestándole un encanto misterioso, sobrehumano, algo como una nubecilla luminosa flotaba en torno de su frente, era sin duda el espíritu puro que se exhalaba en frecuentes suspiros de su boca.

De pronto los indios que la guardaban formando un cuadro se apartaron dejando un ancho claro, un gefe anciano penetró por él llegando á Sora.

—Hija de Yáncatritz —dijo con entonación solemne— aun puedes salvarte, la tribu entera pide gracia para tí.

La jóven alzó sus grandes ojos medios apagados por el dolor, fijólos tranquila en el indio y esperó, éste prosiguió:

—Puedes salvarte, para ello solo pronunciarás algunas palabras y esa hoguera que se alza hoy, será desapilada y arrojada al viento sin arder.

—Hable el hermano —dijo Sora— yo diré lo que mi hermano me indique.

—Sora, hija de Yáncatritz —repuso el gefe animado por las palabras de la jóven— dobla tus rodillas.

Un indio jóven se acercó á la víctima, aflojó la cuerda que la oprimía el talle y Sora obedeciendo postróse en tierra.

—Ahora añadió el jefe —alza la voz, maldice tu amor sacrilego reniega del Inca y jura por las leyes de tu tribu, por el grande espíritu, odio y exterminio al extranjero.

Sora semejante á una leona herida se alzó altiva, soberbia de dignidad y grandeza, sacudió la destrensada cabellera y con la voz inflamada por el corage.

—¡Bendito sea el Inca! —gritó— ¡bendito sea su amor, maldita las leyes de mi tribu que me separan de él en la tierra y bendita la voluntad del Dios único y verdadero que reunirá á Dalma y á Sora en el cielo!

Los gefes horrorizados se miraron con asombro como dudando de lo que habían oído, luego el indio que interrogára á la jóven hizo una seña, algunos indígenas se acercaron, uno de ellos desarrolló una cuerda que llevaba alrededor de su cintura y acercándose á la jóven espléndida de amor y de cristiana fé tomóle las manos, las unió

enlazadas con la tosca cuerda y luego á una nueva seña del gefe comenzó la horrible tortura, semejante á un torniquete de hierro el cordel retorcido por la hérculea fuerza del indígena trituraba las delicadas muñecas de la víctima, algunos gritos desgarradores se exhalaban de la boca de Sora, mientras que repetía con angustiosa voz:

–¡Dios mío, tened piedad de mí!

–Blásfema –dijo el gefe indio– has maldecido las leyes de tu tribu, sus leyes y su religión, has invocado el Dios de los cristianos y ahora vas á renegar de ese Dios y de ese amor sacrilego.

Sora se sonrió.

–¡Mátame –dijo– pero moriré creyendo y amando!

Los indios se miraron con estupor, en tanto la cuerda crugia penetrando en la carne tocando ya al hueso, la joven comenzó á lanzar gritos cada vez mayores.

–Vas á morir en la hoguera –dijo el gefe– y tus cenizas serán arrojadas al viento malditas por toda una eternidad.

–Desprecio tus amenazas –dijo Sora suspendiendo sus ayes de dolor– esparce mis cenizas, maldícelas por toda una eternidad, no importa, mi alma pura subirá á Dios y allá seré esposa de Dalma, en el cielo.

Con su última palabra se dobló su frente y enervada por horribles dolores dejóse caer inerte con la pesadez de un cadáver, el indio descorrió la cuerda, aflojó el nudo y libres del tormento, cayeron á lo largo de su cuerpo las muñecas mutiladas de la víctima; Sora, desmayada al pie del árbol, doblada la hermosa cabeza ya coronada por el martirio, parecía un ángel dormido con la santa resignación de los mártires impresa en el rostro.

La bella niña Emerenciana⁵ no fué sin duda mas sublime que Sora en su hermoso sacrificio.

Un indígena desató la cuerda que la amarraba al árbol, y queriendo hacerla andar–levántate– dijo; Sora gimió, lanzó un suspiro y abriendo los ojos:

–¡No puedo! –articuló– ¡ay!, ¡ay!

–Yo te ayudaré –dijo el indio compadecido de tanto dolor y hermosura, la jóven con las manos horribilmente mutiladas probó a ponerse en pié, pero al apoyarse en el brazo del indio arrojó un grito sin nombre, de supremo sufrimiento arrancado por la fuerza del dolor que la torturaba, volvió á alzarse y ayudado por el indio lanzando desgarradores ayes se encaminó á la pira.

En tanto la tribu entera, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, se agitaban en torno de la encendida hoguera. Un silencio sepulcral reinaba en el sitio fatal, todas las miradas se detenían sobre la indefensa víctima, esperaban ansiosos el sacrificio.

Lo mismo en las tribus salvajes, que en los llanos de la pampa, que en los pueblos civilizados, que en las grandes ciudades, es repugnante el espectáculo que ofrece ese pueblo ávido, siempre curioso y dispuesto á presenciar una ejecución, con igual regocijo, con igual alegría que si fuera á presenciar una función teatral. El pueblo madruga, se atropella, sube, se revuelve, brama como una ola inmensa, invade la plaza de la ejecución y quieren disputarse el

⁵ La voz narrativa se refiere aquí a “Emerenciana”, mártir romana del siglo IV. Según la diócesis de Teruel, “Emerenciana era hermana de leche de Inés, pero a diferencia de ésta, Emerenciana era catecúmena (cristiana conversa que aún no ha recibido el bautismo). Dos días después del martirio de Santa Inés, Santa Emerenciana murió apedreada, cuando se hallaba orando junto a la tumba de su hermana de leche. En esa forma recibió el bautismo de sangre. Este relato, que constituye una especie de apéndice de las “actas” de Santa Inés, no puede tomarse a la letra; pero existen pruebas de que una mártir llamada Emerenciana estuvo originalmente sepultada en el “Coemeterium majus”. Dicho cementerio está un poco más distante de la Vía Nomentana que el sitio en que fue erigida la basílica de Santa Inés”. Extraído de <http://www.diocesisdeteruel.org/santaemerenciana.html>.

derecho salvaje de ver el espectáculo, verlo todo, oírlo todo, la detonación, el desplome del infeliz reo que se revuelve con las postreras convulsiones de la agonía, su última palabra, su vacilación ó energía, la ferocidad de que hace alarde, ó el respeto religioso que lo postra en la última prueba de la vida del criminal, quieren, en fin, escuchar el estertor de la agonía, y por último al desfilar la tropa desfila el pueblo también con la intención. ¡Impios! de palpar el cadáver aun tibio, de observar la espresion que contrae su rostro empalidecido por la muerte y ese pueblo no se compone solo de hombres, no; allí se ven mujeres y niños, hasta lujosas damas en conocidos carruajes, como se vieron en la última ejecución que tuvo lugar en Buenos Aires, en la plaza chica, tras el cementerio de la Recoleta. ¡Vergüenza! horrible deprabacion que estremece el alma sintiendo un desprecio infinito, hácia esos seres cuyos corazones desprovistos de todo noble y humanitario sentimiento, inspiran solo horror y una idea de ináudita ferocidad.....

La voz del jefe se dejó oír; ¡Sora! –dijo– vas á morir, el grande espíritu ha inspirado á Farú y su fallo té condena á la hoguera, prepárate y que el grande te perdone.

–Mi alma está con Dios, mi pensamiento en Dalma – exclamó la jóven y tomando aliento un segundo –prosiguió –Los hombres de mi tribu son malos, la maldición de Dios caerá sobre ellos, el inca se vengará y ay de la tribu –la selva se enrojecerá con sangre toba y el fuego incendiando todo, devorará las chozas –y la hermosa india ya próxima á la pira, entonó con voz lúgubre y quejumbrosa como la armonía de la muerte un canto divino, eco celestial del alma inspirado por el recuerdo fanático del inca.

–Dalma, rey mio, tu esclava fiel vá á morir por tí. Cuando el sol se oculte, Sora arderá en la pira, y este cuerpo que tanto amó Dalma, solo será tibia ceniza que el viento de la noche depositará á sus piés. El deliquio sublime del amor lo hallaremos en el cielo, allí donde se ama con la pureza de los ángeles. Mi alma vivirá y el espíritu de Sora vagando entre

las tinieblas de la aurora ó entre los vapores indefinibles del crepúsculo de la noche, seguirá, al amado de su alma imprimiendo en su hermosa frente ósculos impalpables. Dalma –entonó la jóven ya en el centro de la hoguera que comenzaba á arder –Dalma hermoso, Dalma valiente, inca noble, muero tranquila con la fe de los mártires, espero en la unión indisoluble de nuestras almas, en las salas azules de claridad inmortal. Selva virgen de mi patria, escucha el dulce nombre de Dalma para que en eternos himnos lo repitas siempre, auras vagadoras de la noche, repetid entre los oscuros besos del alba el nombre de mi amado. Olas adormecidas del Bermejo, escuchad el nombre de Dalma y repetid como lo repite Sora al desmayar tus perezosas espumas sobre la desierta playa. Palmeras de los bosques, sacudid el verde penacho de tus ramas y guardad entre los abanicos de tus hojas, dos nombres eternamente unidos: Sora y Dalma.

El humo ahogaba por intervalos la voz de la animosa jóven; las llamas como infernales lenguas de fuego cercaban su cuerpo; gruesas espirales de humo la envolvían y solo su eco se escuchaba con asombro de todos.

El viento remolineando hizo oscilar la humareda y en el despejo rápido de las llamas, sé pudo ver á Sora, en el centro de la pira, con los brazos alzados al cielo todavía de pié y se oyó su acento que apenas se percibía, repitiendo:

–¡Adiós padre! adios Dalma, hasta el cielo:
¡adiós! –Las llamas la cubrieron y nada se vió ya.....

En aquel mismo instante los indígenas en crecido número arrojaron casi á la vez un alarido salvaje; millares de flechas como venidas del cielo cayeron sobre ellos y otros tantos indios de distintas y enemigas tribus, con el inca á la cabeza se precipitaron como una tromba infernal sobre los indios tobas y una lucha sangrienta se produjo allí. En medio de la horrible confusion, una voz frenética dominó el fragor de la pelea, era la voz de Farú que tarde llegaba para salvar á su inocente hija, abrióse paso entre la feroz matanza y llegando al borde de la pira, penetró envuelta

entre el humo y las llamas, trepó por los abrasados leños; un gemido, un llanto de agonía, último eco de la dulce voz de Sora llegó á Farú.

—¡Mi hija!, ¡Lila! —gritó la loca arrojándose en el centro del incendio.

Sora estaba aun de pié; Farú abrió sus brazos cubrió con su propio cuerpo el cuerpo chamusqueado de su inocente hija y como el ángel sublime de la salvación, cruzó el espacio incendiado y libre de las llamas, huyó con la jóven inanimada en los brazos.

¡Farú la loca era madre y las madres son capaces de todo por un hijo!

V

ÚLTIMOS INSTANTES DE LOS DOS AMANTES

El vaticinio de Sora se habia cumplido, el campo toba ardía preso de un fuego voraz, cientos de cadáveres aun palpitantes se retorcián requemados en espantosa agonía. La selva dando incremento ardía como una hoguera colosal; los pocos seres que escapaban de aquel volcan ardiente, huían buscando un refugio en las orillas del Bermejo, unos llegaban, otros caían sofocados por el humo de la mortífera atmósfera; las fieras horrorizadas se lanzaban temblorosas de espanto fuera de la encendida selva, y deslumbradas por la voracidad de las llamas agrupábanse mezcladas con los hombres sin asertar con la dirección salvadora. Las aves sorprendidas en su nido remontaban el vuelo, mas la espesa humareda cambiaba el giro de sus trémulas alas y caían convulsivas sobre la requemada yerba: los árboles añosos invadidos desde su base por el fuego, retorcián sus viejos corazones y sus cabezas agigantadas se doblaban en tierra y hasta la ceniza de su corteza era consumida en breve.

Las palmeras aguardentosas, se resistían, exhalaban quejidos mudos que el monstruo parecía no comprender, sus troncos nudosos se abrían con estrépito y semejantes á un casco incendiado de aguardiente, producían una detonación al lanzar fuera la sabia alcohólica de sus entrañas.

De tiempo en tiempo un alarido salvaje, una imprecação horrible era envuelta con el chisporroteo de las llamas. Las tribus enemigas despues de una lucha desigual y sangrienta en que salieron vencedores, devastaron todo lo que se opuso á su paso, sacrificaron hombres, mujeres y niños, sin dejar uno solo, luego prendieron fuego á la selva, y creyendo muerto á Dalma en el combate, emprendieron la fuga en direccion á su campo, despues de esto, todo se convirtió én ün volcan y muy pronto aquella riquísima vegetación se redujo á un monton de pavesa.....

La luna espantada de tantos horrores, lívida cruzaba el ahumado cielo envuelta la plateada faz en enlutados crespones.

Ni una sola vibración humana interrumpía el silencio de la media noche, solo de tiempo en tiempo se oia rechinar algún tronco abrasado que hecho carbón se dividía en fragmentos.

Un hombre solo, aislado sobre el pico escarpado de un cerrillo, contemplaba fiero y contraído el horrible espectáculo de la muerta naturaleza; de pié imponente como el ángel exterminador de la venganza, detenía su mirada sobre la abrasada selva, volviéndola en seguida al cielo cual si buscara en él el término á sus dolores ó la promesa de una dicha evaporada en la tierra. El viento de la noche saturado de lejanos perfumes azotaba su altiva frente, su negra melena, y la mensajera de los castos amores rasgando su enlutado lecho de nubes, aparecía en una brecha del azul del cielo como una farola de nácar suspendida de la bóveda eternal, iluminando con sus rayos la figura fantástica del Inca.

Mudo, estático en una contemplación del alma, el joven indio soñaba sin dormir; parecíale ver el espíritu impalpable y gentil de su adorada vagar como una rosada nubecilla entre los vapores tenues del firmamento, creía oír su voz en el blando murmurio de las hojas, sus ojos se cerraron, dobláronse sus rodillas y balbuceando el nombre de Sora como una plegaria de eterna adoración, quedóse postrado en actitud de orar. De pronto un gemido como el eco quejumbroso de una voz humana, interrumpió el mutismo solemne de su alma sumida en un éxtasis divino, el indio vuelto en sí de su amoroso arrobamiento escuchó un instante, el gemido se repite y Dalma dando un grito indefinible se lanza en carrera por las escarpadas grietas, en su rápido descenso se detiene, el gemido se oye mas cerca, á su lado, vuelve los ojos en derredor y percibe á pocos pasos un monton de hojas frescas de laurel y timbó, y sobre ellos el cuerpo de un ser humano, Dalma corre allá, se inclina temblando de esperanza y al fijar sus ojos sobre aquel rostro empalidecido por la muerte, lanza un grito cayendo de rodillas, luego restregase los ojos, aparta ansioso el cabello que cubre en parte la frente de la moribunda y en aquel mismo instante la luna iluminando su pálido semblante, muestra á Dalma la verdad. Con sollozo inmenso alza su noble pecho

—¡Sora! —dice con una inflexión indefinible y tomando en sus brazos el cuerpo mutilado de su amada, apreta con sus labios ardientes la boca helada de Sora, busca en sus divinos ojos un rayo de luz y solo encuentra la enturbiada retina velada por el postrer vapor de la vida, su corazón late, pero tan débilmente que apenas un leve soplo entrea-bre su boca inanimada; muere sin resistencia como mueren los ángeles y las aves.

Gruesas lágrimas se desprenden de los ojos del Inca, aquellas lágrimas empapan la frente de la moribunda y parecen condensarse sobre su bella cabeza formando una

auréola de perlas luminosas, millares de besos imprime sobre su boca, sus manos, sus ojos y hasta sus castos hombros.

—[Sora! alma mia —le dice— Dalma no quiere que mueras, vive luz de tu dueño, vive, que para reconstruir tu vida, yo te daré la sangre de mis venas, yo calentaré con mi aliento tu corazon, yo te daré la vida con mis besos, y el infeliz amante trastornado con un dolor superior á las humanas fuerzas arrullaba convulsiivo contra sus brazos el cuerpo yerto de la hermosa india. Ésta sin duda en medio de su eterno sueño sintió el duelo que despedazaba el alma de su amado, y volviendo por una suprema permisión un instante á la vida, pareció conmoverse, abrió los negros ojos mas diáfanos y brillantes, bañados de una luz, de un fulgor inmortal, lanzó un ligero grito reconociendo á su amado:

—[Dalma! —dijo— gracias Dios mio —y buscando febril los labios de Dalma sellaron sus almas un beso supremo, infinito, desesperado con el afan de la última caricia, aquel beso. Era la promesa inmaculada, el juramento eterno de sus corazones, promesa evaporada en la tierra y cuya realización dulce e inmortal lo esperan los mártires en el cielo, aquel beso era el alma entera de Sora confundiéndose al desprenderse de la materia con el alma enamorada de su amado. Sus labios animados un instante por un calor desconocido, enfriáronse poco á poco sobre la boca de Dalma, sus brazos se desprendieron suavemente, lanzó un leve suspiro; su boca yerta como el mármol se comprimió tres veces, para volverse á abrir, sus ojos se entornaron, y fijándolos dulcemente en los ojos de Dalma, se cerraron para siempre cayendo su cabeza atras.

¶La luna! esa lámpara sepulcral que ilumina tantos dolores durante las horas de su rápido reinado, rasgó las enturbiadas nubes, se detuvo fija en medio de los cielos desprendiendo un destello de su corona de luces menos puro sin embargo que la virgen muerta, circundó su cabeza y su luz temblorosa de codicia, recibió el último suspiro de Sora, luego, formó en un instante un foco luminoso sobre

la frente abatida del Inca, rodéolo cariñoso un torbellino de tenues reflejos y replegándose sobre su propio rastro, subió el alma blanca de Sora confundida con los rayos transparentes de la luna.

–Dalma no te sobrevivirá –murmuró el Inca con la voz vibrante de lágrimas –el quiere morir con Sora, amada mía, allá serás mi esposa, allá en una unión indisoluble vivirán unidas eternamente nuestras almas –y al hablar así, señalaba al cielo.

Postrado ante la jóven permaneció un instante, luego poniéndose de pié tomó en sus brazos el cadáver y se encaminó á la orilla del rio, al cruzar un sendero un cuerpo extraño lo detuvo, era el cadáver de la infeliz Farú horriblemente llagado por el fuego y muerta despues de haber depositado á su hija sobre un monton de hojas frescas de laurel, la infeliz no pudo volver al socorro de Sora ya agonizante, sorprendióle la muerte en momentos de traer un manojo de yerbas medicinales para templar el dolor de las heridas de su inocente hija sacrificada por ella.

–Hija mía, mi Lila –fue lo único ya que articularon sus lívidos lábios, después espiró.

El Inca dió con el pié al cadáver de Farú, llegó á la orilla y oprimiendo contra su pecho el cadáver de Sora en los brazos, unió su boca á la yerta boca de ésta y precipitándose en las aguas, buscó una tumba digna de su amor sublime en el fondo del Bermejo.

Un instante despues dos blancas nubecillas surgían de las aguas, flotaban un instante sobre la quieta superficie y luego elevándose en el aire, subían al cielo confundiéndose con los rosados albores de la aurora, eran el alma de Sora y de Dalma convertidas en celeste emanación.

La lucha en el desierto

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA

La antigua comarca de los calchaqui salvajes, estaba desierta, solo una choza se alzaba en el llano al abrigo erial rosado, cepas lujuriosas que cubren el valle y se extienden hasta el deslinde del Pucara. Los rebaños, echados en descanso, abrían de cuando en cuando sus ojos soñolientos para tenderse después perezosos sobre los pastos húmedos del rocío. La cabaña de Omac ardía con la luz del hogar, encendido con las ramas secas del puca. Un reflejo de incendio levantaba, con dimensiones fantásticas, la choza solitaria... eran las llamas de la maleza seca que ardía en torno, que subían en rojos espirales que el viento azotaba, desprendiéndolas del hogar en penachos enrojecidos, que las bocanadas del aire esparramaban por el valle y que se enroscaban como pequeñas sierpes al tronco de las yerbas cercanas. El viento pasaba silbando en todos los huecos, movía con gritos el techo sedentario de la cabaña, y luego descendía a las ondonadas profundas del llano, para dispersar las cabras y los huanacos, que dormían tranquilos. Los grandes ojos de Alíxora estaban abiertos, fijos, azorados, sin sueño, sobre la estrecha cavidad del horno, allí se retorcían con gemidos prolongados las ramas rojas de la maleza, que ardía y ardía....

Seguía las chispas con la mirada curiosa de la corza joven que se alarma de los ruidos del bosque. Se estremecía cuando un nudo fuerte se torcía con un grito, consumiéndose en contorsiones penosas, como si su viejo corazón de maleza se resistiera, cayendo y levantando entre las otras zarzas verdes, en la batalla del fuego.

Un chisporroteo más vivo subió en rojas luminarias hasta la cumbre del techo, las ramas se quejaron más fuerte, eran voces de la selva que la llama arrancaba a los sarmientos tiernos, y a los corazones ancianos, con su lengua candente. Las llamas rosadas del puca, lamieron con más fuerza los bordes del horno; las raíces duras se derramaron consumidas en blancas espirales de humo y chispas rojas como gotas de sangre.

Alíxora, dijo una voz débil de la choza. Alíxora tembló: fue hasta el lecho de Omac, se arrodillo entre las yerbas olorosas. Oye: dijo la india moribunda –oye, hija mía.... la niña se inclinó más, el fuego no se quejaba ya, las chispas habían cesado y el viento pasaba mas suavemente sobre el lecho de Omac. ¡Oye! –volvió a jemir la voz de la india. Habla, dijo Alíxora –habla, madre– te escucha tu hija.

Hace quince años, ¡oh! –¡lo recuerdo bien!– la tarde era tibia, con perfumes de lirios y aromas de churquis en flor.

Yo estoy ciega –dijo mi madre que tocaba quena y cantaba sin descanso su eterna maldición de español–. Yo estoy ciega, el rayo de Pachamac soberano, cegó mis ojos. Ve al valle, busca en el los bezares del guanaco para aplicarlos a mis ojos sin luz– ve, Omac, trae también la caza de los cóndores....las zarzas se cubrían de hojas que la primavera iba a madurar, los pájaros se escondían entre los viejos pastizales, todos los habitantes del llano descendían con paso tardío a sus sitios de descanso. Cruce el valle espantando las mariposas que se animaban en los lirios azules de la montaña, en esa cita interminable de la mariposa y la flor durante las noches cálidas del estío... cruce las riscos, trepe las escarpaduras más altas, toque al fin el pico saliente que balanceaba en las nubes el nido de los cóndores: ¡estaba vacío! Los aguiluchos muertos, solo el viejo cóndor, el abuelo que trae la caza para el festín de los nietos, jemía con sordos graznidos sobre el nido desierto, traía su presa, bajaba en curvas suaves sin posarse, describiendo sus vuelos en torno del nido sin hijos, sobre sus polluelos muertos.....

De pronto la presa se escapo, cayó sobre el borde del enorme nido, quedo suspendida en el abismo: las raíces deshechas la balanceaban los picos filosos de las rocas, el lloro de un niño sonó en todas las cavidades de la montaña, el cóndor volaba bajo, muy bajo, como si fuera a alzar otra vez con su garra la presa que lloraba al borde de las rocas....

Alíxora miraba espantada a la india que hablaba sin fuerza, ya el fuego no se quejaba; había en vez de llama un montón blanco de ceniza que el viento muy leve alborotaba en torno del hogar casi apagado. La india seguía con voz desfallecida: tendí los brazos y tome en el pico saliente, sobre el abismo la caza del ave que graznaba fatídica con gritos sordos de amenaza. No era un cabrito. . . .

¿Qué era, madre?

¡Eras tú!

¡Madre!

¡Si, eras tú!

La luna se alzaba sobre las montañas negras y llenaba de rayos blancos el valle de Calchaqui.

Cuando llegue a la puerta de mi choza:

—Los cóndores han traído un niño, dije a mi madre ciega, que cantaba en las notas quejumbrosas de la Quena su eterna maldición al blanco, un niño blanco, un español.

—¿Qué dices, Omac? —dijo mi madre.

—Madre, la presa de la águila es una niña, un blanco, un europeo. . . . Aquí está. . . .

Los ojos sin luz de mi madre se iluminaron, se inclino sobre mis brazos, miro el rostro de la niña y dio un grito. ¡Blanco! Dijo y se desplomo a mis pies. Estaba muerta. Había recobrado la vista para morir.

El cóndor sin hijos grazno toda la noche sobre la choza de mi madre muerta: la niña blanca durmió arrullada en mis brazos. . . . ¡Oh!, la amaba, la amaba. Omac doblo su cabeza sobre el seno de Alíxora. Imprimió sus labios sobre los labios de la niña, un ligero aliento se extinguió en su pecho y el corazón de Omac ceso de latir. No existía...

El horno se había helado. Las ramas tiernas y los viejos nudos de maleza se habían consumido: la ceniza la llevaba el viento arrojándola como jirones de una vestidura blanca, por el llamo, eran claridades a la luz indecisa de la madrugada, que rodeaban las matas y corrían por los senderos para caer a las ondas del arroyo y mezclarse a la linfa...

Alíxora, la doncella india, había salido de su cabaña, llevaba a la espalda el lio de sus vestidos tejidos con el vellón de las alpacas rubias, sus joyas de plata y su cofre de arcilla roja, se alejaba del valle, en busca de otro sitio. Había echado por delante sus cabras blancas manchadas de negro y solo llevaba de su choza donde murió Omac, sus mantas de guanaco y su cuerno transparente, amarrado al cinturón, donde ordeñaba ella misma la ubre de sus cabras.

Alíxora no conocía el peligro, en su ignorancia agreste, ni siquiera sabía si existía mas ser humano que ella sobre el mundo. Abandonaba su cabaña porque el recuerdo de su madre le perseguía en el sueño: porque la sombra de aquella, veíala vagar por la noche bajo el techo rojizo de la choza.

Descendía muy triste los últimos collados de Calchaqui: iba a comenzar el ascenso de las cumbres que cierran el hondo valle, quizá para no volver a el jamás. . .

La joven se detuvo, volvió sus ojos azules; sus ojos de europea que abrillantaban su rostro como dos zafiros engarzados de bronce, y miro largamente al sol que se hundía en el poniente; doblo sus rodillas sobre la yerba fresca y comenzó a sollozar. La tarde caía lentamente en la sombra y la ultima claridad de la luz iluminaba a la india arrodillada en medio de su rebaño, como un gran cuadro prendido en la penumbra dorada del espacio.

Adiós, dijo su voz dulce como las notas de la quena. Adiós, choza amada de Omac, ya no te verán los ojos de Alíxora. La hija de los cóndores huye de su nido, remonta el vuelo a otras rejiones.

Adiós, te dice mi lengua; adiós, te dice mi alma entristecida; adiós, clavelinas blancas de las montañas, lirios azules de los riscos; adiós calles y tumbas de Pucará¹. Alíxora ya no volverá mas al valle, pero no olvidara jamás a Calchaquí, y la joven, sollozando tiernamente, arranco de las ultimas peñas que dejaba a su espalda un ramo de clavelinas, pálidas y languidecidas, como si comprendieran el dolor de su agreste hermana; llevólas a sus labios y marchito con sus besos y sus lagrimas los pétalos de las silvestres flores: sus rodillas se doblaron, junto las manos sobre su seno y lloro, orando arrodillada la postrer plegaria en la tierra de Omac

De pronto, semejante a una corza herida, se puso de pie, aplico el oído a la tierra y escucho azorada.

Antes que lanzara un grito, como brotado de la maleza, más de diez salvajes salieron de los riscos y la rodearon. La joven arrojó un grito de terror: «Los lllipis²!», dijo y quiso correr hacia las cumbres, entre sus cabras alborotadas y en dispersión, pero dos salvajes la estrecharon. La joven, aterrada, perdía el valor, y daba gritos de espanto que solo las cavidades de las piedras repetían.

Un indio la tomó por el brazo y alzándola al hombro se la entregó al jefe que montaba un caballo³, y Alíxora quedó tendida por delante del jinete indio, perdido el conocimiento, el rostro helado y la boca muda.

A carrera tendida se alejó el jefe llevando entre sus brazos el cuerpo inanimado de Alíxora, bordeando en su carrera las llanuras para ganar las breñas. Dos horas después, Alíxora vuelta en sí, sintióse llevada a la carrera vertiginosa del caballo, que parecía volar aguijoneado por la

¹ Cementerio indio, situado entre las dos grandes quebradas del Toro y Escampe, que viene la una de Bolivia y la otra del valle del Calchaquí (nota de la autora).

² Tribu feroz cuyos restos, después de la conquista, se internaron en el desierto de Atacama, y que hoy está casi extinguida (nota de la autora).

³ En 1558 los caballos ya habían sido importados a la América del Sur por el Capitán Azahara y por los padres de la Compañía (nota de la autora).

javalina de la flecha con que el salvaje lo hincaba. La joven volvió a gritar con el instinto de salvación, y como si sus gritos fueran oídos, el caballo se detuvo, se encojió, arrojó al aire un bufido y quedó vacilante con el cuello tendido, las manos temblorosas y el cuero trémulo. Entonces en el estu-
por del indio y el terror inesplicable del potro, un trueno conmovió la selva, un bramido de fiera que repitieron las cavidades de las piedras con sonoridades broncas.

Encrespada, hambrienta, barriendo la yerba con la ancha cola, los ojos encendidos, olfateando en torno, dilatadas las fauces y estrechada la distancia para hacer más certero el golpe, apareció la fiera del llano, ¡una leona! El Llipis feroz tembló, puso a Alíxora sobre la yerba, la cubrió con su cuerpo, después desprendió las boleadoras de piedras bezares que estaban enredadas a su cintura, y se lanzó de un salto prodigioso sobre la fiera que rujía; las patas traseras de la leona quedaron enredadas con las piedras y la cuerda. La fiera se revolvió, quiso con sus garras destrozar las ligaduras, miró al salvaje y apoyándose sobre las dos patas libres, lanzó un rujido que hizo temblar la selva y la montaña, pero el Llipis esperaba el salto, y cuando con un bote formidable, rompiendo las boleadoras que estorbaban sus patas, se arrojó sobre él, el salvaje dio una vuelta rápida con pasmosa agilidad, mientras clavaba en los ojos de la fiera dos jabalinas de Torah⁴ que desgarraron sus pupilas.

La fiera rujó dejando un surco de sangre en sus huellas, volvióse bramando dolorosamente. El paroxismo del dolor la hizo vacilar, luego crispando sus garras poderosas, ciega, enfurecida por el dolor de las pupilas rotas, se lanzó sobre las breñas en todas direcciones buscando acertar en el blanco.

⁴ Grandes espinas de pasmosa consistencia, que produce un vegetal y que los indígenas usan como jabalinas en sus flechas temibles (nota de la autora).

El salvaje de pie, no se movía. La joven asistía silenciosa a la batalla del hombre y de la fiera. De repente sintióse un bramido tremendo como un trueno y la cabeza monstruosa de un león apareció entre la maleza y las piedras.

¶El macho!! Grito el indio alzando en un brazo a la joven aterrada. Se afirmó en un pie, adelante el otro y armo su flecha de Ticuna⁵.

¶Puma!!⁶, gritó, apretando a la joven contra su corazón valeroso, ¶Puma!

El león se detuvo, jiró sus grandes ojos plumizos en torno y sacudió la cola; iba a lanzarse. . . Una flecha silbo en el aire, y la fiera vacilo al saltar, cayo y volvió a levantarse, rujio y un torrente de sangre ahogo su voz en las fauces abiertas, y jadeantes por el dolor que mataba su corazón de fiera.

Un rujido poderoso se oyó apenas: el rey del llano estaba vencido por el hombre de la selva. Un estremecimiento de dolor y rabia crispo su piel, aferro con desesperación sus garras a la pradera, que asistía silenciosa a la batalla de aquellos ciclones de la llanura, después un frío corrió por los pelos erizados de su piel dorada, su pecho iba enrojeciéndose con la sangre que manaba de su corazón atravesado, sus patas erizadas de uñas se doblaron, se moría y quedo por fin tendida a los pies del Llipis que sonreía de orgullo, jirando indómita aun, los ojos como dos soles moribundos que van a apagarse. El salvaje sonreía; dos fieras estaban a sus pies, Alíxora era suya... Podía llevarla triunfante al fin de la llanura, sin que la cautiva lanzara un grito.

El valor enjendra el amor, Alíxora amaba al salvaje.

⁵ Poderoso veneno que usan los indígenas de la América del Sur. Veneno mortal extraído de un vegetal con que empapan el plumerillo de la flecha para matar certeramente (nota de la autora).

⁶ Nombre con que designan al león (nota de la autora).

